

Vr vida religiosa

Mayo 2020-número 5 vol.129

Por fin, un nuevo escenario

Forzar la aurora a nacer

**La vida consagrada después del
coronavirus**

NOVEDADES



TEJER HISTORIAS

Comunicar esperanza en tiempos de pandemia

FERNANDO PRADO (ED.). Páginas 180. p.v.p.: 12,50 euros

Una obra coral. Un tejido de historias escritas por una treintena de periodistas que nos hablan del espíritu humano en tiempos de pandemia. Buenas historias que construyen un mundo nuevo y nos ayudan a reencontrar las raíces y la fuerza para avanzar juntos. Historias que saben mirar al mundo y a los acontecimientos contando que somos parte de un tejido vivo, hilos que estamos unidos unos con otros. En medio de una situación que nos lleva a sucumbir a la desesperación, estos periodistas nos ofrecen unas bellas historias de humanidad con sabor a Esperanza.

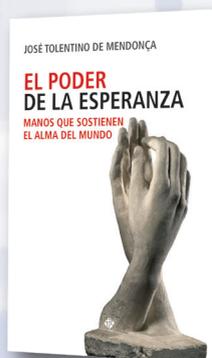
Descárguelo **gratuitamente** en nuestra web. Una parte de los beneficios de la venta de este libro en papel irá destinada a Cáritas Española.

EL PODER DE LA ESPERANZA

Manos que sostienen el alma del mundo

JOSÉ TOLENTINO DE MENDONÇA. Páginas 72. p.v.p.: 6 euros

José Tolentino de Mendonça nos ofrece una profunda y certera reflexión sobre el momento que estamos viviendo. Un tiempo difícil del que podemos extraer también nuevos aprendizajes sobre nosotros y nuestra sociedad. El libro incluye también una entrevista con el autor, consistorio y actual encargado de la Biblioteca y del Archivo del Vaticano.



CUANDO PERDEMOS A UN SER QUERIDO

Vivir y acompañar el duelo

FERNANDO PRADO AYUSO. Páginas 40. p.v.p.: 4 euros

El duelo es ese tiempo en el que el ser humano vive el dolor por la pérdida de alguien querido. Todas las personas nos vemos inmersas en esta situación o proceso antes o después. Este libro nos ofrece una pequeña guía para orientar y tratar nuestro dolor y el de nuestros allegados en este tiempo tan difícil.



Publicaciones Claretianas
Juan Álvarez Mendizábal, 65, duplo. 3º - 28008 Madrid - Tlf. 915 401 267
Fax: 915 400 066 - publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

EDITORIAL



L. A. Gonzalo Díez
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

Por fin, un nuevo escenario

“Ahora mismo ya se percibe la poca importancia que empieza a tener lo que ayer nos deslumbraba”, manifiesta el escritor Fernando Aramburu. Participamos, con nuestras “particularidades” en la misma realidad que el resto de los ciudadanos. También podemos hablar de confinamiento, disminución de libertades, miedo y ansiedad, porque ahora sí lo estamos viviendo, tal cual, como el resto de los mortales.

Este punto de partida de igualdad tiene su importancia. No sería la primera vez que nos atrevemos a hablarles a otros de cómo deben vivir, compartir, soñar o consolar-se. Ahora, con toda propiedad, somos «apóstoles del consuelo» y necesitados del mismo.

El coronavirus nos ha despertado de aquella pretérita costumbre de nuestros estilos que lograba, pasase lo que pasase, que ningún plan se viese alterado. Ya podía-

mos estar heridos o profundamente deprimidos... que la reunión o el capítulo eran sagrados. Por fin, nuestras pequeñas funcionales, se han visto colocadas en su sitio. Sin duda, secundario y circunstancial.

Otra lección de este tiempo es la superación de lo local o provinciano. Las estructuras por nosotros construidas no definen la existencia. Un virus que ante todo nos ha traído una noticia dramática de globalidad, nos ha marcado a fuego —como apunta Adela Cortina— para sabernos interdependientes y necesitados unos de otros.

Durante el confinamiento, no pocos consagrados han experimentado la soledad. La ausencia de contacto con personas afines seguramente ha hecho más evidente la debilidad de nuestros espacios comunitarios. El ritmo de los días, la normativa que siempre aflora, la ausencia de sentimientos expresados

y, por tanto, compartidos, han podido provocar una doble reacción que veremos manifestarse en los próximos meses: comunidades que desaparecerán en su configuración actual porque no tienen vida y el confinamiento ha acabado de iluminar su realidad; y personas que, a partir de ahora, no se conformarán como motivación para vivir con otros con el reduccionismo de sacar una obra adelante. La vida cuestionada y sus libertades, ha propiciado la reflexión y sus consecuencias. La más evidente es que a partir de este momento hay “cosas” que definitivamente han dejado de ser importantes.

El coronavirus ha propiciado, también, hacemos más conscientes del valor de la felicidad y nos preguntamos: ¿dónde la situábamos hasta este momento? Nos ha hecho más frágiles, es cierto, pero muy probablemente también más conscientes de que la reali-

dad estructural actual no es seguro que esté contribuyendo a un aspecto tan esencial de la vocación como es la felicidad. El economista Emanuele Felice apunta que “esta crisis ya nos está enseñando algo: hay cosas más importantes que la economía”.

Otra convicción que se ha reforzado es el valor intergeneracional de nuestra vida. Hemos visto muchos ancianos morir solos, sin acompañamiento ni consuelo. Hemos padecido la insoportable cifra de fallecidos con su nombre, historia y sueños perdidos... y no podemos ni debemos resignarnos. El coronavirus, paralizando nuestra indudable tensión de actividad, convirtió todas las comunidades en espacios

terapéuticos. Ha sido necesario por la urgencia. Pero no es la vida. Se impone una evaluación clara de las fraternidades exclusivamente de ancianos. Intuyo que será uno de los aspectos más radicales de la reorganización que falta.

Indudablemente, lo ocurrido, ha trastocado todo. Hemos podido experimentar la impotencia e inoperancia porque la prudencia nos pedía cuidarnos. Pero no podemos ni debemos acostumbrarnos. Sería una forma de instalarnos en el recuerdo de un virus que además del daño físico, ha podido reducir nuestra misión al miedo. Por el contrario, el antídoto del virus para la misión es inaugurar un nuevo estilo relacional

mucho más sincero y profundo. Seguramente tengamos que aprender a abrazar la vida, como es y no como la hemos dibujado; a los “diferentes” porque si algo nos ha enseñado la tragedia es que compartimos la misma suerte; a la pobreza, porque este virus nos ha hablado alto y claro a los “consagrados del bienestar” y es que a pesar de tanto poder, somos intrínsecamente frágiles. Un abrazo a la humildad y a lo pequeño; a la vuelta a lugares abandonados... al mundo rural, a los ancianos, a los sitios sin relumbrón y notoriedad. Al cenáculo, la fraternidad, al tú a tú y abandonar, definitivamente, la impostada esterilidad de buscar publicidad.

Nuestra portada

Es un templo vacío. El crucificado de fondo permite que la luz del cirio destaque. Para nosotros es la síntesis de este tiempo de pascua tan especial y paradójicamente tan auténtico. No hay Pascua si no hay cruz.

Para la vida consagrada comienza un tiempo de Pascua inédito, creativo, nuevo. Nada volverá a ser igual. Amanecemos a esta Pascua mucho más débiles y cuestionados. Se han desvanecido «supuestas» seguridades. Es una Pascua en providencia que está por hacerse... ¿Seremos capaces de tomar decisiones pascuales?

Volumen 129. N° 5 Mayo 2020



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

Redacción: Tel.: 915 401 262 - Fax: 915 400 066 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

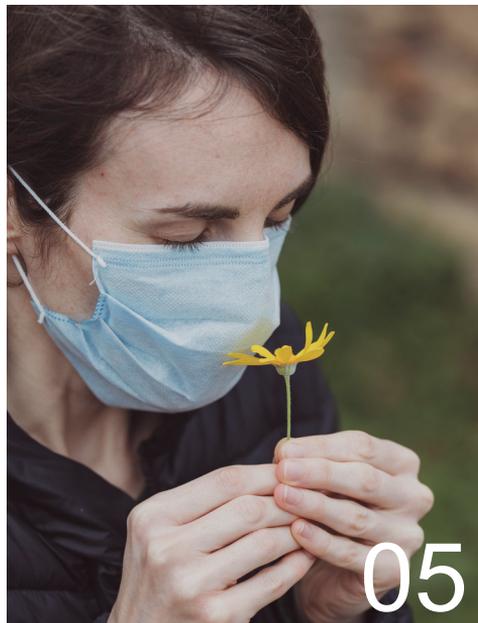
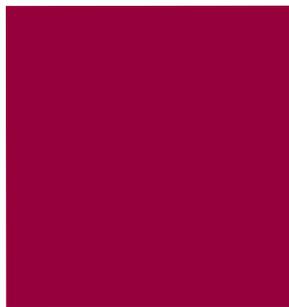
Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - Fax: 915 400 066 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 62 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 93 euros ó 101\$ USD.

Otras naciones: 66 euros ó 71\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



04 Quien no cambia cuando todo cambia
se queda mudo, Rino Cozza

05 Mirada con lupa: Los consagrados
tras el coronavirus, L. A. Gonzalo Díez

06 Forzar la aurora a nacer,
Emili Turú

14 Reflexiones intempestivas sobre el durante
y el después del coronavirus, Martín Gelabert

17 La vida consagrada después
del coronavirus, Montserrat del Pozo

20 Tesoros en un desierto,
Fernando Millán

26 Y después del coronavirus... ponernos
a caminar, Josefina Castillo

32 Hablando en dialecto,
Dolores Aleixandre

33 Retiro: Evangelizadores con Espíritu,
M^a Pilar Avellaneda

41 Vivir es así de simple,
José Tolentino de Mendonça

42 La inversión a largo plazo. "Nuestra mejor
esperanza", David Alonso de Linaje

45 "La misión de la vida consagrada
frente a los abusos", Hans Zollner

47 Contrapunto,
Gemma Morató

48 Lectura recomendada,
Francisco Javier Caballero

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Luis A. Gonzalo Díez

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González,

Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: Araceli López-Pastor, M^a Ángeles González, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada: M. Tombilla- Imprime: Din Impresores.



Rino Cozza

JOSEFINO DE MURIALDO

Hoy, el vino nuevo quiere odres nuevos. Esta exigencia se expresa completamente en el documento citado varias veces: «Lo antiguo y lo nuevo no han de mezclarse porque cada uno pertenece a su propia estación, es el fruto de tiempos y artes diversos que debe conservarse en su autenticidad» (n.56). Y nuevamente: «Cuando el vino nuevo de la historia se encuentra con odres nuevos, es más fácil para el testimonio cristiano ganar lucidez».

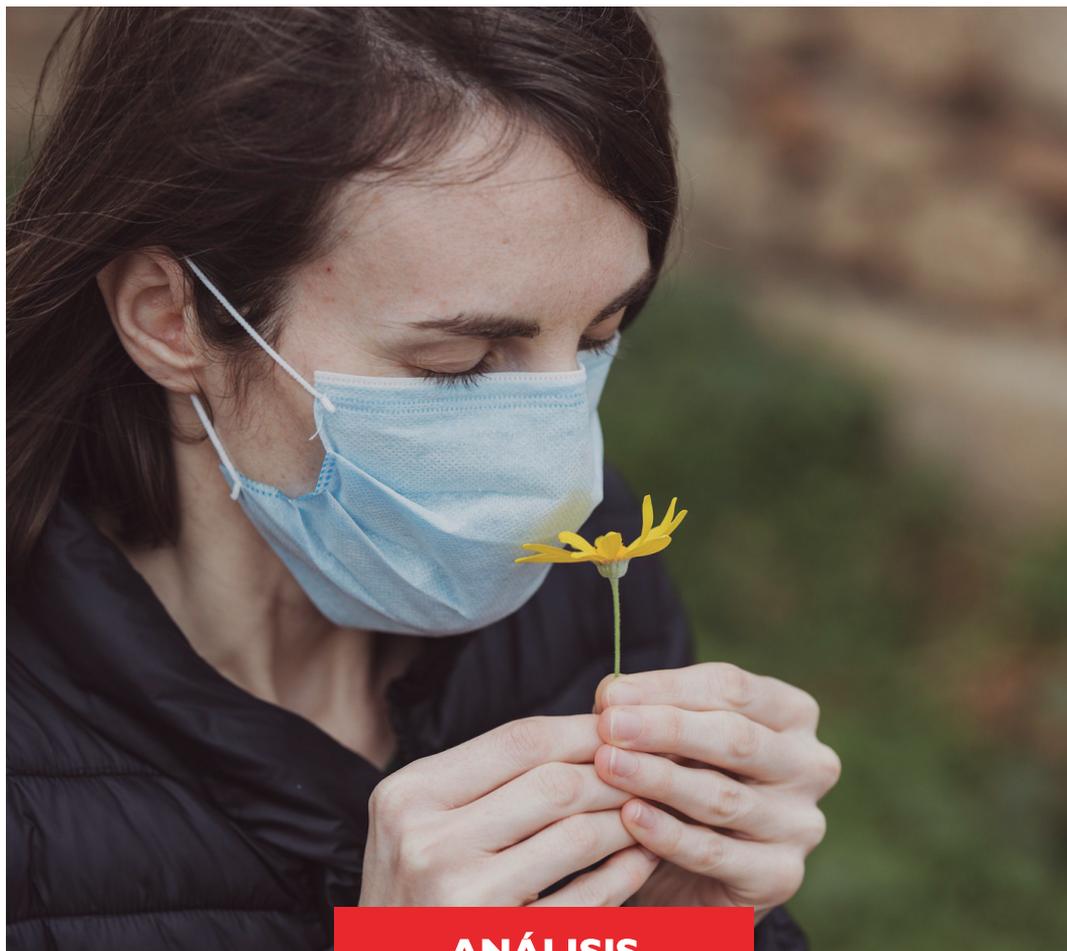
En las últimas décadas ha habido un aumento vertiginoso en la complejidad que sólo reducirlo facilita vivir “de un modo normal”. No se puede conciliar, por ejemplo, el pensamiento de aquellos para los cuales la palabra «futuro» revela el renacimiento de la vida religiosa en nuevos mapas conceptuales, con el de aquellos a quienes la palabra «futuro» les da miedo o es algo de lo que defenderse. Parece que vislumbramos las causas de la situación actual

Lo nuevo y lo viejo no han de mezclarse

en el tipo de formación heredado desde el tiempo del crecimiento lineal y continuo en el interior de un mundo cultural cerrado, hecho de verdades y de costumbres que se creían intocables. Esto es lo que nos impulsó, providencialmente, después del Concilio, a dar lugar a nuevas formas expresivas de valores evangélicos que, especialmente durante estos últimos cincuenta años, han podido desarrollarse fuera de las configuraciones canónicas de la vida religiosa. Con referencia a las comunidades, es indiscutible que el vino nuevo y viejo es la fuente de muchas dificultades. Es verdad, como dicen algunos, que hubo un tiempo en que se era más permisivo, pero es igualmente cierto que las razones para la diferenciación entre uno y otro eran mucho menores. La pertenencia a diferentes generaciones no creaba diferencias notorias cuando la formación era igual porque los formadores eran prácticamente iguales, las tradiciones de

referencia eran iguales, e igual el modo de actuar, incluso en contextos diversos. Hoy estar juntos es posible porque se da el mayor peso posible a los elementos facilitadores, incluido el criterio de una cierta homogeneidad en la comprensión de la vida religiosa: tres religiosos con teologías diferentes no son compatibles en la misma comunidad, porque todos apelan al criterio de fidelidad. Hablamos, pues, de homogeneidad en la comprensión del proyecto comunitario (objetivos y métodos), en la lectura de las dificultades, en el cuestionamiento de uno mismo en relación con el territorio, con entornos que permitan a los laicos la participación en la vida de los religiosos. El intentar llegar a un acuerdo continuo no puede aportar más que decisiones débiles como resultado de infinitas negociaciones con proyectos a la baja. Al mismo tiempo, se necesitan comunidades que sean capaces de acoger la diversidad, con la creación de «odres nuevos» que ganen elasticidad para soportar las tensiones de la vida, dependiendo de los atractivos de la historia. Comunidades que respondan a una concepción más dinámica y evolutiva para poder ser en el futuro como levadura en la civilización del amor en la vida cotidiana.

MIRADA CON LUPA



ANÁLISIS

Los consagrados tras el coronavirus

Inauguramos tiempos muy complejos.

Los consagrados estamos llamados a cambios que jamás las programaciones más arriesgadas se atrevieron a escribir.

Así lo expresan para VR: Emili Turú, Martín Gelabert, Montserrat del Pozo, Fernando Millán y Josefina Castillo

Luis A. Gonzalo Díez, cmf
Director VR

MIRADA CON LUPA



Forzar la aurora a nacer

La situación de confinamiento, especialmente cuando las medias de edad son altas, puede generar una especie de “miedo líquido”, indefinido, pero fuerte

Emili Turú

Marista. Secretario General de la USG

Me parece que la reflexión sobre “la vida consagrada después del Covid-19” debemos hacerla desde la perspectiva más amplia de “la humanidad después del Covid-19”. Porque creo que no debiera preocuparnos tanto qué va a pasar con nosotros, como qué va a pasar con las mujeres y hombres de hoy, puesto que el Espíritu nos suscitó para estar a su servicio, y solo desde esta perspectiva tiene sentido nuestra vida y, por tanto, nuestra reflexión.

¿Qué nos dice el Espíritu en el aquí y ahora de este momento histórico tan peculiar?

El papa Francisco nos ha recordado que “este es el tiempo favorable del Señor”, durante el cual estamos llamados a “asumir el impacto y las graves consecuencias de lo que estamos viviendo” (meditación publicada en la revista Vida Nueva, 17 abril 2020).

La situación de confinamiento, especialmente cuando las medias de edad son

altas, puede generar una especie de “miedo líquido”, indefinido, pero fuerte, que origine cerrazón y pérdida de perspectiva. Cuando lo más inmediato y urgente es sobrevivir, no hay mucho espacio para grandes reflexiones de futuro.

¿Pudieramos quizás empezar reflexionando sobre “lo que estamos viviendo” para intentar ver con más claridad por dónde avanzar, asumiendo su “impacto y graves consecuencias”?

MISMATCH

“The evolutionary mismatch” (discordancia evolutiva) es el nombre dado a una hipótesis barajada por estudiosos de biología evolutiva, según la cual hay momentos en el proceso evolutivo en que se dan estados de desequilibrio entre un organismo y su entorno. Un caso clásico de discordancia sería cuando las adaptaciones que contribuyeron a la super-

vivencia y a la reproducción en entornos previos son inadecuadas en el entorno cambiado. Mayor es el desajuste, mayores son los riesgos para la supervivencia del organismo o de enteras especies.

Simplificando un poco las tesis de Ronald Giphart y Mark van Vugt, que publicaron en 2018 su libro *Mismatch*, podríamos decir que nuestras mentes tribales de la edad de piedra se encuentran mal equipadas para tratar con los graves problemas existenciales actuales, y por eso se dan toda una serie de “desajustes” o “discordancias”.

La situación mundial creada por el coronavirus-19 ha puesto en clara evidencia el cambio de época (un cambio muy profundo de nuestro en-

El Covid-19 ha evidenciado el cambio de época del que venimos hablando desde hace años y para el que no estamos, ni de lejos, preparados



torno) del que venimos hablando desde hace años, y para el cual da la impresión de que no estamos ni de lejos preparados. Desgraciadamente, estamos viendo cada día, especialmente a través de algunos líderes políticos, cómo se proponen, de manera reactiva y espontánea, respuestas a esta nueva situación que parecen más de la edad de piedra que del momento evolutivo actual: respuestas “desajustadas”.

¿Cómo se puede superar esa “discordancia evolutiva”? Normalmente se podría hacer de tres maneras: en primer lugar, a través de un cambio del entorno (pero todo parece indicar que este cambio de época no tiene marcha atrás); en segundo lugar, por evolución genética (y probablemente hablamos de miles de años) o bien, en tercer lugar, por acomodación de la conducta o cambio cultural (que es donde nos queda alguna esperanza de actuar).

CAMBIO CULTURAL

El cambio cultural, pues, aparece como lo más deseable y urgente en el momento actual. De hecho, ya hace años que el papa Francisco está insistiendo en evolucionar de una “cultura del descarte y de la indiferencia” hacia una “cultura del encuentro y el diá-

logo”, una “civilización del amor”.

Esta es la cultura que corresponde a la nueva era que está naciendo entre dolores de parto y tratando de superar las resistencias de nuestras mentes tribales, que afloran de manera especial en momentos de crisis y dificultad como los actuales.

Si queremos dar ese paso evolutivo hacia una cultura distinta, entonces creo que tendremos que profundizar en una serie de “desajustes” tanto a nivel social como eclesial, que no son en absoluto nuevos, pero que el momento que vivimos ha hecho más visibles. Destacaría algunos de ellos, que creo nos iría bien explorar de cara al futuro, sobre todo preguntándonos cuál es el rol de la vida consagrada en cada uno de esos temas.

EL DESASTRE PERFECTO PARA EL CAPITALISMO DEL DESASTRE

Naomi Klein publicó hace 13 años su libro *La doctrina shock: el auge del capitalismo del desastre*. Partiendo de lo que ocurrió en Estados Unidos después del 11 de septiembre, analiza, de manera muy detallada, la estrategia política de utilizar las crisis a gran escala (por ejemplo, la provocada por el huracán Katrina) para impulsar políticas que sistemáticamente profun-

dizan la desigualdad, enriquecen a las élites y debilitan a todos los demás.

La especulación de los desastres y de la guerra no es un concepto nuevo, pero en momentos de crisis, la gente, que está bajo shock (de ahí “la doctrina shock”), tiende a centrarse en las emergencias diarias de sobrevivir a esa crisis, sea cual sea, y tiende a confiar demasiado en los que están en el poder. Es durante esos momentos que las industrias privadas surgen para beneficiarse directamente de las crisis a gran escala.

Covid-19 es, evidentemente, el desastre perfecto para ese capitalismo del desastre. Y, con toda probabilidad, se van a dar el mismo tipo de políticas que en el pasado, que hacen que la brecha entre ricos y pobres se abra cada vez más. Lo confirmaría, por ejemplo, el hecho de que en Estados Unidos quien coordina la “task force” creada para el Covid-19 es el vicepresidente Mike Pence, el mismo que ya coordinó el grupo de Katrina.

La Pontificia Academia para la Vida, en su nota del 30 de marzo, decía que “una emergencia como la del Covid-19 es derrotada en primer lugar con los anticuerpos de la solidaridad”. Exactamente lo contrario de la filosofía del



“capitalismo del desastre”, hija legítima de la “cultura del descarte”.

¿CERRAR FRONTERAS O HACERLAS POROSAS?

El filósofo Byung-Chul Han ha puesto en evidencia recientemente (El País, 22 de marzo) las contradicciones de ciertas decisiones, como el cierre de fronteras, que califica de “sobreactuación inútil”: “Los cierres de fronteras son evidentemente una expresión desesperada de soberanía. (...) Pero eso es una huera exhibición de soberanía que no sirve de nada. Serviría de mucha más ayuda cooperar intensamente dentro de la Eu-

rozona que cerrar fronteras a lo loco. Entre tanto también Europa ha decretado la prohibición de entrada a extranjeros: un acto totalmente absurdo en vista del hecho de que Europa es precisamente adonde nadie quiere venir”.

Sabemos bien que los países no pueden protegerse cerrando permanentemente sus fronteras. Recordemos que las epidemias se propagaban rápidamente incluso en la Edad Media, mucho antes de la era de la globalización. Dice Yuval Noah Harari que “en la lucha contra los virus, la humanidad necesita vigilar de cerca las fronteras. Pero no las fronteras entre países. Más

bien, necesita vigilar la frontera entre el mundo humano y la esfera de los virus” (*Time*, 15 marzo).

Los cierres de fronteras, pues, como expresión de esas políticas del “nosotros primero”, que están teniendo éxito en algunos países. Una vez más, aflora una mentalidad tribal que no se corresponde al momento evolutivo actual.

Según el papa Francisco, “si algo hemos podido aprender en todo este tiempo, es que nadie se salva solo. Las fronteras caen, los muros se derrumban y todos los discursos integristas se disuelven ante una presencia casi imperceptible que manifiesta la fragi-

lidad de la que estamos hechos” (Papa Francisco, Vida Nueva).

Como humanidad nos enfrentamos a una elección importante: “entre el aislamiento nacionalista y la solidaridad mundial. Tanto la propia epidemia como la crisis económica resultante son problemas mundiales. Solo pueden resolverse eficazmente mediante la cooperación mundial” (Yuval Noah Harari, *La Vanguardia*, 5 de abril).

LA SALUD DE LA HUMANIDAD Y LA SALUD DEL PLANETA

El Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF) ha publicado hace poco un estudio (“Pérdida de naturaleza y pandemias”) sobre la relación directa entre la destrucción de la naturaleza, el cambio climático y el aumento del riesgo de pandemias como la actual Covid-19: “Virus y bacterias conviven con nosotros desde siempre. En hábitats bien conservados, con gran diversidad de especies que se relacionan en equilibrio, los virus se distribuyen entre las distintas especies y no afectan al ser humano. Pero cuando la naturaleza se altera o destruye, se debilitan los ecosistemas naturales y se facilita la propagación de patógenos, aumentando el riesgo de contacto y transmisión al hombre, con los consi-

guientes efectos negativos sobre nuestra salud”.

En este estudio subrayan que, en el actual contexto de crisis sanitaria global provocada por el coronavirus, la prioridad es detener la expansión del virus y luchar con todos los medios posibles para salvar todas las vidas humanas posibles. Pero insisten en que tenemos que recordar que esta crisis está directamente vinculada con la destrucción del planeta y que, después de la emergencia sanitaria será necesario replantearse la prevención y lucha de futuras pandemias.

Parece que “hay consenso entre todos los científicos de la ONU de que tenemos una pequeña ventana de oportunidad de una década para revertir el cambio climático, la pérdida de biodiversidad y evitar adentrarnos en la catástrofe, llena de futuras pandemias... Somos la primera generación consciente de que estamos en ese límite, y si no lo revertimos, nuestros hijos no podrán. Hay una gran oportunidad, hay que darle la vuelta a este modelo de desarrollo en el que vivimos, basado en una relación muy depredadora de la naturaleza” (Juan Carlos del Olmo, secretario general de WWF España).

¿Cómo superar esa ruta peligrosa? El Papa responde:

“con un cambio de rumbo. Nunca hemos maltratado y lastimado nuestra casa común como en los últimos dos siglos... estas situaciones provocan el gemido de la hermana Tierra, que se une al gemido de los abandonados del mundo, con un clamor que nos reclama otro rumbo” (53).

“Muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo la humanidad necesita cambiar. Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Se destaca así un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración” (202).

EL FALSO DILEMA SEGURIDAD SANITARIA-LIBERTAD

Todos hemos podido experimentar durante este tiempo de crisis que se han limitado nuestras libertades para evitar contagios y que los servicios sanitarios se colapsaran. Con gusto hemos aceptado esa limitación de nuestra libertad, sabiendo que era para nuestro propio bien y el de las demás personas.

Por otra parte, hemos aprendido a través de los medios de comunicación que algunos países asiáticos han

sufrido menos los efectos del Covid-19, especialmente porque estos apostaron fuertemente por la vigilancia digital, en un contexto donde prácticamente no existe la protección de datos. Por ejemplo, los proveedores chinos de telefonía móvil y de Internet comparten los datos sensibles de sus clientes con los servicios de seguridad y con los ministerios de salud.

Hoy, por primera vez en la historia humana, la tecnología hace posible vigilar a todo el mundo todo el tiempo. En los últimos años, los gobiernos y las empresas han recurrido a tecnologías cada vez más sofisticadas para rastrear, vigilar y manipular a las personas. Sin embargo, si no tenemos cuidado, la epidemia podría marcar un importante hito en la historia de la vigilancia.

“En los últimos años se está librando una gran batalla en torno a nuestra intimidad. La crisis del coronavirus podría ser el punto de inflexión en ella. Porque, cuando a la gente se le da a elegir entre la intimidad y la salud, suele elegir la salud.

En el hecho de pedir a la gente que elija entre intimidad y salud reside, en realidad, la raíz misma del problema. Porque se trata de una falsa elección. Podemos y debemos disfrutar tanto de la intimidad

como de la salud. Es posible proteger nuestra salud y detener la epidemia de coronavirus sin tener que instituir regímenes de vigilancia tota-

¿UNA IGLESIA DE MENTALIDAD CLÉRIGO-CÉNTRICA?

Por razones muy válidas y fáciles de comprender, se han suspendido los actos li-



litarios, sino más bien empoderando a los ciudadanos” (Yuval Noah Harari, *ídem*).

Estamos, pues, ante un momento muy importante, en el que los gobiernos pudieran tomar decisiones en la línea de aumentar el control de sus ciudadanos, amparados en el miedo de la población. Pudiera ser que, casi sin darnos cuenta, estuviéramos renunciando a nuestras más preciadas libertades, convencidos de que ésa es la única manera de salvaguardar nuestra salud.

túrgicos que implican reunión de personas sin que se puedan asegurar los mínimos imprescindibles para la seguridad de todos. Como el confinamiento ha coincidido con la Semana Santa, esto ha significado que la mayor parte de los cristianos no han podido celebrar su fe en comunidad durante un tiempo litúrgico muy importante.

Se han ofrecido algunas alternativas muy creativas, invitando a celebraciones domésticas, o a compartir la fe a través de los medios digita-

les. En otros casos, se han ofrecido las celebraciones por televisión o Internet, con un mínimo de participantes presentes, o incluso estando el celebrante solo.

Me ha parecido muy interesante el debate que se ha abierto entorno a este tipo de celebraciones, especialmente el que he podido seguir a través de “La Croix International”. Más allá de los debates estrictamente litúrgicos, que creo se deben profundizar a la luz de la doctrina del Vaticano II, me parece importante explorar la mentalidad que se manifiesta detrás de las decisiones tomadas.

Por ejemplo, si tomamos el decreto de la Congregación para el Culto Divino sobre cómo celebrar el Triduo Pascual (“En tiempos del Covid-19”, marzo 2020), cuando se refiere a la participación de los fieles laicos, todo se resume en una frase: “Los fieles deben ser informados de los horarios de las celebraciones, de manera que se puedan unir en oración desde sus casas”.

J. P. Grayland, un sacerdote de Nueva Zelanda, comenta así el texto: “Si esta frase resume la comprensión y el enfoque del Vaticano sobre la liturgia, entonces no debería sorprendernos ver la celebración de rituales locales pintorescos y populares en los

escalones vacíos de una iglesia vacía. Y, si esta frase ilustra que es solo cosa de clérigos y que no nos tomamos en serio el lugar litúrgico y teológico de los laicos, entonces deberíamos saber que la renovación del Concilio Vaticano II ha sido solo superficial. Espero estar equivocado en ambos supuestos” (*Pandemic and the dilemma of Catholic liturgy*, La Croix International, 11 de abril).

He recogido cinco temas —entre los muchos que sin duda se pudieran señalar— que me parecen muy importantes para el momento que estamos viviendo, y en los que se juega ese cambio cultural del que hablamos: avanzar hacia una cultura del encuentro y el diálogo, o bien el regreso a una cultura del descarte y la indiferencia.

Cada uno de estos temas necesitaría ser explorado en profundidad, siempre desde la perspectiva de cómo podemos servir mejor a nuestras sociedades y a la comunidad eclesial.

UNA OPORTUNIDAD HISTÓRICA

En todos los campos señalados, la vida consagrada está ya haciendo su contribución, de una manera u otra. Lo que está emergiendo ahora a nivel social confirma muchas de las

grandes líneas adoptadas por las familias religiosas: la opción por las personas más vulnerables y descartadas, que se sitúa en las antípodas del “capitalismo del desastre”; el profetismo de un mundo sin fronteras, con la disponibilidad para servir donde más falta haga en el planeta, y visibilizando, a través de estructuras internacionales y de comunidades interculturales, que otro mundo es posible; el compromiso con la conversión ecológica y la promoción de una cultura del cuidado; el empoderamiento de las personas a quienes servimos, lejos de paternalismos o mecanismos de control; el compromiso por promover una Iglesia servidora y fraternal, tratando de superar todo tipo de clericalismo, etc.

Esta confirmación es también una invitación a continuar profundizando y a abrirse a la acción del Espíritu, siempre presente y actuante; en palabras del Papa, se trata de “sumarse a su movimiento, capaz de ‘hacer nuevas todas las cosas’”.

Algo está ocurriendo en la humanidad, fruto de esta parada que nos hemos visto obligados a hacer. El periódico “The Times” del día 18 de abril comentaba una encuesta realizada en Gran Bretaña, según la cual, el 85% de las per-

sonas entrevistadas no desean retornar al estilo de vida que llevaban antes, sino que quieren incorporar a sus vidas algunos de los cambios personales y sociales vividos durante el confinamiento. Hablan, por ejemplo, de la mejoría observada como fruto de una menor contaminación, y de un sentido comunitario más fuerte.

Estos tiempos en que vivimos no son “normales”. Y en un momento de crisis, las mentes pueden cambiar con rapidez. Se nos ofrece, pues, una oportunidad histórica, y sería una pena que se nos escapara.

“Es el soplido del Espíritu que abre horizontes, despierta la creatividad y nos renueva en fraternidad para decir “aquí estoy” ante la enorme e impostergerable tarea que nos espera. Urge discernir y encontrar el pulso del Espíritu para impulsar junto a otros las dinámicas que puedan testimoniar y canalizar la vida nueva que el Señor quiere generar en este momento concreto de la historia” (Papa Francisco, Vida Nueva).

LA NOCHE ESTÁ TERMINANDO

“Ojalá que también vosotros, al escrutar los signos de los tiempos, podáis decir: la noche está terminando, por-

que el sol está ya inundando el horizonte” (Mons. Tonino Bello).

Aún en medio de la oscuridad propia de la noche, creemos en que un nuevo día se está avecinando. “Es hermoso que en la noche creamos en la luz”, solía repetir Giorgio La Pira, el popular “sindaco (alcalde) santo” de Florencia. Y añadía, citando siempre al poeta francés Ros-

tand: “hay que forzar la aurora a nacer, creyendo en ella”.

Crear en la aurora no es un ejercicio poético o intelectual, sino que exige acción: hay que forzar, empujar a esa aurora para que nazca. Estamos al alba de una nueva época, que reclama creatividad, imaginación, novedad, juntar manos y esfuerzos.

Hay que empujar juntos para que ese enorme cambio cultural que deseamos y que el Espíritu está promoviendo, pueda seguir avanzando.

Muchas personas han despertado, han abierto los ojos durante este período de confinamiento, y han sentido la necesidad de un cambio per-

sonal y social. Algo que pudiera perderse cuando volvamos a “la vida de siempre”.

La vida consagrada sigue teniendo una enorme actualidad en este nuevo contexto: “¡Despertar al mundo! ¡Sean testimonio de un modo distinto de hacer, de actuar, de vivir! Es posible vivir de un modo distinto en este mundo... Los religiosos siguen al Señor de manera especial,

Estamos al alba
de una nueva época que reclama
creatividad, imaginación, novedad,
juntar manos y esfuerzos

de modo profético. Yo espero de ustedes este testimonio. Los religiosos deben ser hombres y mujeres capaces de despertar al mundo... La prioridad de la vida consagrada debe ser la profecía del Reino, que no es negociable. El acento debe caer en el ser profetas, y no en el jugar a serlo” (Papa Francisco, en diálogo con los miembros de la USG, noviembre 2013).

No podía haber tarea más hermosa y apasionante que ésta que se nos confía. Estoy seguro de que la vida consagrada sabrá estar a la altura de la responsabilidad, como ya hizo tantas veces en el pasado.

MIRADA CON LUPA



Reflexiones intempestivas sobre el durante y el después del coronavirus

Después del coronavirus
habrá que volver a lo esencial

Martín Gelabert, op
Teólogo

1.- A causa de un virus descontrolado, las religiosas y religiosos, como ha ocurrido con el resto de los ciudadanos, hemos estado encerrados en nuestras propias casas durante un largo periodo de tiempo. En los monasterios contemplativos, donde la clausura es algo normal y vocacional, el confinamiento no ha supuesto una limitación de espacio, aunque sin duda ha sido motivo de preocupación. Y más allá de la preocupación, el confinamiento ha sido para las monjas una ocasión más de solidarizarse de forma bien práctica y concreta con la gente necesitada, pues además de ofrecer algunos espacios para aquellos cuyo espacio es la calle, muchas de ellas se han puesto a fabricar mascarillas, que luego han donado gratuitamente a quienes más las necesitaban.

Bastantes religiosos de vida activa hemos visto limitada nuestra actividad. Un buen ejemplo han sido nuestros colegios cerrados, o las predicaciones de Ejercicios espirituales suspendidas. Hemos tenido que aprender a vivir más juntos, hemos puesto a

prueba nuestra paciencia, pero tampoco podemos quejarnos demasiado, porque bastantes de nuestras casas son espaciosas y el confinamiento ha sido llevadero. Otra cosa han sido aquellos hermanos y hermanas que han sufrido el contagio, han tenido que ser hospitalizados o, desgraciadamente, han fallecido.

2.- ¿Y después de esos días qué pasará? Costará un poco volver a la normalidad. Una cosa parece segura: lo que inmediatamente nos espera es una gran crisis económica, consecuencia de la crisis sanitaria. Por tanto, habrá más pobreza, más paro, más personas en situación de necesidad. Ahí es donde nosotros y nuestras instituciones tendremos mucho que decir y mucho que hacer. Quizás el virus sea controlado, pero lo que va a seguir sin control son las necesidades ajenas.

Estas necesidades nos recuerdan que hay un virus que nunca desaparece, por desgracia, el virus que fomenta el poder y la corrupción, el

virus del ansia de riqueza, el virus de la sexualidad descontrolada. Ese virus se ha manifestado durante la crisis sanitaria, en la que ha aumentado el consumo de pornografía y de drogas, el poder mal gestionado, y multitud de estafas e intentos de robo, algunos utilizando el nombre de “Cáritas”. Si después de la crisis sanitaria viene una crisis económica, este virus al que acabo de referirme, se desatará con toda su fuerza maléfica.

Los cristianos, sabemos cual es el antivirus: el compartir, la compasión, el amor, el desprendimiento, la generosidad, las palabras positivas, en fin, el amor evangélico. ¿Seremos capaces de repartir ese antivirus, siempre necesario y siempre escaso? Lo que

Hay un virus que nunca desaparece,
el virus que fomenta el poder
y la corrupción...



parece que ha ocurrido con algunos ancianos, que no han sido debidamente atendidos, precisamente por ser ancianos, es una seria llamada de atención. La vida vale por sí misma y valen todas las vidas. Y, si alguna debe ser especialmente cuidada y atendida, es la vida frágil o la vida que nadie quiere.

Además de la crisis económica que nos espera, es posible que haya intentos de aprovechar la coyuntura para restringir nuestras libertades: ¿podremos seguir reuniéndonos, llenar iglesias o locales, viajar libremente, deberemos utilizar siempre o casi siempre mascarilla, estaremos más controlados, incluso a través del teléfono móvil, tendremos que ofrecer explicaciones de a dónde vamos y de con quién estamos, la entrada de inmigrantes será todavía más restrictiva? Me temo que más de un político pretenderá, en nombre de la real o supuesta seguridad, que paguemos el alto precio de la libertad. También ahí, nuestras comunidades podrán jugar un papel profético.

3.- Muchas comunidades (contemplativas y no contemplativas) han retransmitido por internet su rezo coral. Muchos presbíteros han retransmitido la Eucaristía, bien solos, bien acompañados de algunos her-

manos de comunidad. Otras y otros han abierto bitácoras, ofreciendo buenas reflexiones y palabras de ánimo y esperanza. Por desgracia, hay quién ha difundido ideas muy extrañas sobre Dios, al decir, por ejemplo, que el coronavirus era la respuesta divina a nuestros pecados. Estamos aquí ante otro virus que, de una u otra forma, siempre reaparece, el virus del Dios castigador y justiciero, un virus que tiene capacidad de seducción y que engaña fácilmente a personas piadosas.

Una de las necesidades permanentes de la vida religiosa es la buena formación teológica, bíblica, espiritual y humana. Una tarea que dura toda la vida. Cuando pase la crisis sanitaria quizás sea el momento de ofrecer formación sobre temas tan serios como el mal, la enfermedad, la muerte. Será bueno, en esas sesiones formativas, dejar claro que las discusiones propias de fundamentalismos baratos (como el modo de comulgar: ¡utilice usted su libertad, pero no critique la de los demás!) no deberían darse entre nosotros. Pero lo que sobre todo habrá que ofrecer es una buena teología sobre el Dios de Jesús, ese al que calificaban de amigo de los pecadores. Ser amigo es algo muy serio. ¿De cuántos de nosotros se puede decir una cosa así? Y si se dice

de alguno, seguro que es para condenarle. Necesitamos revisar a fondo el concepto de Dios con el que funcionamos y las ideas de Dios con las que no debemos funcionar.

4.- De pronto nos hemos dado cuenta de que hay más balas que mascarillas. ¿Seguiremos así una vez controlada la pandemia? ¿Seguirán contándonos los periódicos las mismas rivalidades y ambiciones entre los políticos, los mismos intereses de la banca en aumentar su capital, a costa de cobrar por darles nuestro dinero, las mismas guerras, las mismas dificultades para acoger a los inmigrantes, las mismas discusiones en el parlamento para aprobar leyes que, como mucho, importan a minorías ideologizadas, las mismas restricciones en gasto sanitario y social?

Yo no soy optimista, pero quiero pensar que los cristianos seremos más consecuentes con nuestra fe. Por eso, si todo sigue igual, como por desgracia probablemente así será, lo mejor que podemos hacer los cristianos es no perder el tiempo atacando las leyes permisivas que pueda aprobar el parlamento, para utilizar bien el tiempo en vivir nuestra fe con coherencia, al margen de leyes que ningún cristiano serio piensa jamás aprovechar.

MIRADA CON LUPA



La vida consagrada después del coronavirus

Más que ofrecer respuestas,
vienen tiempos de nuevas preguntas

Montserrat del Pozo

Sup. Gral. Hijas de la Sgda. Familia de Nazaret

La vida consagrada es vida y como tal siempre participa del crecimiento, las vicisitudes, los riesgos, amenazas y oportunidades en las que se desarrolla y fluye la vida que la rodea, y para la que está llamada a ser sal y a dar luz.

No es necesario recordar que vivimos una situación extraña, desconcertante, en unas circunstancias que hacen del momento actual un tiempo inédito, sorprendente por todo lo que lleva consigo y porque afecta a todo el mundo a la vez. No hay, no tenemos recetas escritas, a pesar de que situaciones parecidas se hayan vivido en la humanidad desde hace muchos siglos. Con todos los recursos que posee el siglo XXI, el Covid-19 a todos y por tanto también a la vida religiosa nos ha pillado con el paso cambiado, confinados, sin muchos recursos materiales, a pesar

de ser un siglo que dispone de tantos, pero afortunadamente con los dos recursos más poderosos: la fe que nos recuerda que Dios es nuestro aliado—no el aliado del virus como escuchamos en la predicación desde el Vaticano el pasado Viernes Santo— y las personas. Por esto la vida consagrada tiene hoy una palabra a decir, una palabra de esperanza, de fe hoy, durante este tiempo de incertidumbre y confinamiento y tendrá también que encontrar la palabra adecuada para decir mañana, en lo que quedará para la historia como el tiempo “después del coronavirus”.

La recomendación de Jesús hace más de dos mil años “Buscad el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura” (Mt 6,33) cobra mayor actualidad, si cabe, en los momentos que estamos vivien-

do. Las circunstancias más o menos favorables, la rutina, el devenir ritmado de un día a día hecho costumbre facilitó que nos hubiéramos acostumbrado a muchas “añadiduras”... añadiduras buenas, sí, pero al fin y al cabo “añadiduras”. Después del coronavirus creo que habrá que volver a lo esencial, a la novedad del Carisma recién inspirado por el Espíritu, al Evangelio sin glosa y sin errores de imprenta.

La vivencia de la Alianza, la entrega en la consagración/misión que es el *cantus firmus* de la vida consagrada, se mantendrá porque Dios no se muda—al decir de Santa Teresa— pero como a lo largo de los años ha

Después del coronavirus habrá que volver a la novedad del Carisma... al Evangelio sin errores de imprenta



habido, siguiendo el lenguaje musical, muchas variaciones sobre el mismo tema, para que sean la respuesta necesaria al nuevo tiempo, después de la actual pandemia, habrá que replantearse muchas cosas, manteniendo el *cantus firmus* de la esperanza, la fe y el amor que nos fundan en cada uno de nuestros carismas. Porque la vida consagrada quiere dar respuesta a las necesidades de cada momento, atenta a la Palabra de Dios y a las fuerzas del cambio, que son signos del tiempo, deberá replantearse los servicios educativos, sanitarios, asistenciales... que se prestan en la actualidad. No tanto el qué, porque enseñar al que no sabe, visitar, atender al enfermo, dar de comer al hambriento, visitar al preso... siguen siendo obras de misericordia, imprescindibles, necesarias mientras haya personas que lo requieran, cuanto el cómo llevarlas a cabo.

Cuando en el año 1979, Alvin Toffler publicó su libro *La tercera ola* a muchos extrañó el aire futurista con el que ponía de manifiesto como la humanidad después de la primera ola que calificó de revolución agrícola y de la segunda ola, la llamada revolución industrial, ya

había comenzado a navegar por la que él llamaba tercera ola, y que según su opinión desarticularía varias estructuras en las que la humanidad se había establecido y en la que se amplificaría la fuerza mental del ser humano gracias a nuevos sistemas computacionales, cibernéticos, en la que se habrían creado herramientas que serían capaces de crear nuevas herramientas. No andaba tan equivocado. Al igual que la vida consagrada supo dar respuesta a las anteriores, también a esta tercera ola que lleva consigo nove-

tenemos que ser capaces de ensanchar la mirada para encontrar y/o inventar caminos, tenemos que ser capaces de transmitir la esperanza que nos alienta el Espíritu del que somos cómplices, tenemos que ser capaces no tanto de buscar respuestas, sino sobre todo y con osadía de plantearnos nuevas preguntas.

Centinelas del futuro, a la vida consagrada nos toca mirarlo desde la fe para, con la esperanza ganada en la Resurrección, ir descubriendo las señales de pista que Dios nos prepara para poder

La vida consagrada tiene hoy una
palabra que decir,
una palabra de esperanza...

dad, que nos ha llegado más deprisa que las otras y que nos urge respuesta, estoy segura de que la vida consagrada tiene una palabra profética a decir.

Cuando pase el coronavirus, que pasará, tenemos que ser capaces, como consagrados de reflexionar juntos, desde puntos de vista bien diferentes, de aunar iniciativas desde diversas latitudes, compartiendo misiones desde distintos carismas,

ofrecer al mundo, desde nuestra consagración, la mejor respuesta, sin miedo a lo que ésta lleve consigo de cambio, de desinstalación, en la confianza puesta en Dios que es quien es capaz “hace nuevas todas las cosas” (Apoc 21).

MIRADA CON LUPA



Tesoros en un desierto...

Ojalá sepamos descubrir los tesoros escondidos
en el sufrimiento de tantas personas y tantas familias y,
como consagrados,
propiciemos que se multipliquen en la sociedad

Fernando Millán Romeral, O. Carm
Prof. de Teología

Iba a titular esta colaboración con Vida Religiosa como “Algunas reflexiones tras el coronavirus” o “¿Qué podemos aprender del coronavirus?” o alguna pedantería semejante. Pero, cuando me paro a reflexionar un poco, pienso que es muy poco lo que sabemos y, menos aún, lo que podemos enseñar. Hasta la Real Academia nos ha dejado que usemos el masculino (ya extendido) para hablar del Covid-19, cuando lo correcto parece ser el femenino. No están los tiempos para una actitud “docente”, sino para una actitud de *docta ignorantia* a lo Sócrates o a lo Nicolás de Cusa... Sabemos poco.

Escribo esto en plena reclusión y cuando todavía no sabemos cuándo terminará este confinamiento, cuáles serán las cifras oficiales y qué huellas (económicas, sociales, psicológicas...) dejará esta pandemia en nuestra sociedad. Pero —pese a que todavía nos movemos en el

ámbito de las suposiciones (no muy optimistas, por cierto)— creo que ya podemos meditar de algún modo sobre lo que estamos viviendo y de sus repercusiones para nuestra vida consagrada. Lo hago “con temor y temblor” porque creo que todos estamos ya un poco saturados de discursos, de frases, de análisis, de previsiones, etc... Por ello, cuando Gonzalo me sugirió participar en este proyecto de Vida Religiosa, pensé con toda sinceridad, que lo único que podía aportar era mi propia reflexión personal —muy personal— y sin pretensiones de ningún tipo. Y eso es lo que voy a hacer o, mejor dicho, es lo único que me atrevo a hacer.

Me contaron una vez en África que un hombre iba por el desierto y tropezó con algo duro, medio enterrado en la arena, que parecía una piedra. Lo sacó y se quedó sorprendido al ver un pequeño cofre con joyas, monedas de oro y plata y piedras

preciosas. Reflexionó nervioso sobre qué hacer. Tras muchas cavilaciones decidió enterrarlo de nuevo. Tenía miedo de que le asaltaran por el camino y se lo robaran, de que las autoridades se lo requirieran, de que apareciera el propietario o incluso de que sus familiares más pobres, al enterarse de su hallazgo, le molestaran pidiéndole dinero. Al llegar a su ciudad, lo arregló todo y volvió con unos hombres de confianza a recoger el tesoro, pero la arena de las dunas del desierto se habían desplazado y le fue imposible encontrarlo de nuevo. Por ello, no debemos nosotros ni cerrar los ojos ni olvidar los pequeños tesoros que, en medio esta situación tan dolorosa y tan dramática,

No debemos cerrar los ojos ni olvidar los pequeños tesoros que en medio de esta situación tan dolorosa estamos encontrando



también estamos encontrando. Que las arenas del tiempo y de la banalidad, no nos los escondan de nuevo...

EL TESORO DEL SILENCIO

Además del terrible virus del Covid-19, en estas semanas de confinamiento hemos tomado contacto con otro virus que lleva años entre nosotros y que, sin ser tan letal, sí que afecta a nuestra vida, a nuestro ánimo y a nuestro corazón: el virus del ruido. El grupo cómico argentino *Les Luthiers* cuenta en uno de sus sketches más famosos que una vez le preguntaron a Warren Sánchez (el fundador de una secta) por el sentido de la vida. Y él respondió con tres palabras. Entonces toda la asamblea que espera a su líder queda en un silencio expectante, mientras que el narrador nos cuenta que las tres palabras eran: “¡Yo qué sé!”. Pues la verdad es que, a lo largo de esta crisis, he echado de menos gente sabia que responda como el caradura de Warren Sánchez: “¡Yo qué sé!”. Han sobrado expertos, expertillos, memes, críticas, tertulianos, profetas, intérpretes del apocalipsis, etc., etc. En Italia salió una especie de juego por Internet que consistía en que cada uno construyese su propia teoría de la

conspiración. En la primera columna estaban los rusos, los chinos, los americanos, el gobierno, la oposición y hasta la propia suegra. En la segunda estaba una lista de posibles estrategias y en la tercera una serie de objetivos y finalidades perversas. Uno puede combinar un nombre de la primera columna con un ítem de la segunda y otro de la tercera y, de este modo, cada cual puede (entre muchas combinaciones posibles) elaborar su propia explicación de lo que ha sucedido. Si no fuera por la situación tan dramática que hemos vivido... tendría hasta gracia.

Es verdad que nuestra sociedad (que padece una especie de *horror vacui*) no está muy acostumbrada al silencio y a la quietud tan prolongada. Es lógico y hasta humano. De alguna manera teníamos que llenar el tiempo y los vacíos de estos días y, además, nos ayudaba a sentirnos conectados con los seres queridos y con amigos... pero quizás un poco más de prudencia (sobre todo, cuando metemos a Dios por medio) habría sido deseable.

He confesado muchas veces que me echo a temblar cuando oigo decir a alguien lo que Dios nos quiere dar a entender en ésta o esa situa-

ción. Siempre he rechazado la ligereza a la hora de ser portavoces de Dios, quizás porque corremos el riesgo de acabar convirtiéndolo en un muñeco de guiñol que dice lo que nosotros queremos y que transmite nuestros miedos, nuestros prejuicios, nuestras opiniones personales y hasta nuestros odios. Una vez asistí a la ordenación de una amiga luterana en Islandia. En una de las primeras celebraciones de “la cena”, vi con curiosidad cómo, tras leer ella el Evangelio, un laico subía al presbiterio y con mucho cuidado le quitaba la casulla y la colocaba cuidadosamente en una especie de percha preparada para ello. Tras la homilía, el mismo laico subió de nuevo y de forma muy ceremoniosa se la volvió a poner a mi amiga. Cuando terminó la celebración le pregunté por el significado de aquello y ella me dijo que se hacía para que no se confundiera la opinión del pastor con la Palabra de Dios. En la homilía siempre se deslizan opiniones demasiado personales o prejuicios y valoraciones que no son “Palabra de Dios” y, por ello, el pastor en ese momento no viste la casulla de modo que –incluso de forma muy plástica– los asistentes distinguan bien una cosa de otra. Pues, a veces, creo que también a no-

sotros (religiosos, clérigos, profesionales) deberían quitarnos la casulla, ceremoniosamente como en aquella celebración luterana, o incluso “a gorrazos” en otros casos más sangrantes.

La cosa no tendría mayor importancia si se limitase a una cierta superficialidad, imprudencia, banalidad o exceso de imaginación, pero es que en el caso de Dios (y no creo exagerar) a veces se roza la profanación o la blasfemia. Es verdad también que, por lo general, se ha predicado y se ha anunciado al Dios del amor y de la vida. Pero debemos estar atentos a las imágenes tan negativas (¡y tan falsas!) que se nos cuelan a veces como Evangelio (¡valga el oxímoron!) y a que no se le cuelgue a un monstruo o a un frío espectador sideral o a un vejete chalado... la etiqueta de Dios. Muy bien lo dijo Rainiero Cantalamessa en su homilía del Viernes Santo en la espectral basílica vacía de San Pedro: “¡Dios es aliado nuestro, no del coronavirus!”.

¿No podemos entonces hablar de Dios en esta crisis? Claro que sí. Podemos y debemos. ¿No podemos pensar, además, que Dios habla en estas situaciones? Pues también. Dios habla en todo. Esto nos lleva a una cuestión

de teología fundamental muy profunda y que no puede ser tratada aquí con un mínimo de seriedad. Piénsese solamente en los famosos lugares teológicos de los que habló Melchor Cano, o en la célebre y sangrante controversia tras la *Shoah* acerca de si Dios permaneció mudo y si merece la pena creer en un Dios así.

Pero Dios habla a través de las mediaciones y actúa a través de las causas segundas. Y, en cualquier caso, el problema práctico no está en si Dios habla o no... sino, más bien, en si nosotros (entre nuestra algarabía, nuestros aspavientos, nuestras opiniones y nuestros gritos...) escuchamos a Dios. Y, para ello, hace falta silencio.

En mi tradición carmelita siempre hemos dado una gran importancia al profeta Elías, al que incluso hemos considerado como nuestro fundador o nuestro padre espiritual (*pater et dux*). Y, quizás por ello, nos viene inmediatamente a la mente el texto del primer libro de los Reyes, en el que el profeta descubre que Dios no estaba ni en el viento huracanado, ni en el terremoto, ni en el rayo... sino solo en la brisa suave (1Re 19,11-12). El silencio (fecundo, preñado de sentido, confesión humilde de nuestra

pequeñez y de nuestro asombro), se convierte así en oración. Lo cantaba maravillosamente Juan Peña “el lebrrijano” con unos versos de Caballero Bonald:

*Unos le rezan a Dios,
otros le rezan a Alá
y otros se quedan “callaos”
que es su forma de rezar.*

Justo ahora que estamos en el tiempo pascual, no se nos debería olvidar (a mí el primero) que el Resucitado es el Crucificado, que el *máximo* de la revelación divina se dio en una cruz. Por tanto, si hay un lugar privilegiado en el que podemos escuchar lo que Dios dice, es en las víctimas. Elie Wiesel (un clásico de la literatura concentracionaria) cuenta en *La noche* que, mientras un adolescente se debatía entre la vida y la muerte en la horca del patio del campo de concentración, los prisioneros eran obligados a desfilar delante de él como escarmiento. Uno de los prisioneros tuvo como un ataque de histeria y murmuraba entre lágrimas y mocos: “¿Dónde está Dios? ¿dónde está ahora el buen Dios?”. Wiesel sintió una voz en su interior que decía “Ahí está, colgado, ahí está”.

Aunque la frase tiene muchas lecturas (Dios murió en Auschwitz), prefiero creer que Dios no podría estar en

otra parte: ni en los verdugos, ni como un frío espectador que contempla lejano el drama, mientras decide si interviene o no, ni como un perverso pedagogo que nos enseña lo que es bueno, con siniestras lecciones de este tipo... Ese no es el Dios cristiano, que “pasando por uno de tantos... se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz”, como dice el célebre himno de la carta a los Filipenses. Pero no nos quedamos ahí. En ese mismo himno se nos dice también que a ese Jesús abajado, Dios lo levantó sobre todo y lo constituyó en Señor de la Vida, es decir, que la muerte no tiene la última palabra y que el Crucificado es el Resucitado. Quedémonos con esa esperanza en lo más hondo del corazón.

De hecho, se cuenta del mismo Wiesel que, muchos años después del holocausto, preguntó a un rabino famoso por su sabiduría cómo era posible creer en Dios después de Auschwitz, a lo que el rabino le respondió: “Después de Auschwitz... ¿Cómo es posible no creer en Dios?”.

De este modo, el tesoro del silencio (en el que resuena o, quizás mejor, se susurra la palabra de Dios) nos lleva también a la solidaridad, a la sensibilidad para escuchar los

latidos de corazones que llevan ritmos diversos, a la compasión, al respeto, a la atención esmerada a los más débiles, a los que más están sufriendo esta crisis por diversos motivos. Y nos lleva a hablar, claro que sí. Nos lleva a “decir” y no simplemente a repetir palabras huecas y eslóganes politiqueros o pseudoreligiosos. Y evita la tentación de convertir este silencio en un cómodo refugio, en una huida de la realidad lacerante o en un pretexto para no implicarnos en la lucha contra el mal en cualquiera de sus formas...

EL TESORO DE LA FE

Hace unos días le oí decir a un experto en sociología religiosa en una entrevista que “nuestra sociedad está probablemente más secularizada en la vida pública y en los medios de comunicación que en la realidad”. Algo de eso hemos vivido en estos días. Me han sorprendido algunos amigos no creyentes, medio creyentes, que no saben si lo son o no lo son, agnósticos o incluso indiferentes... que se han puesto en contacto con nosotros (“que tenéis más mano con el de arriba”) para pedirnos que recemos “o algo así”... por una persona enferma o incluso que recordásemos a algún difunto en la

eucaristía. Cuando lo he contado posteriormente, siempre ha habido alguien que me ha dicho con cierta malicia: “a la fuerza ahorcan” o “¡es que cuando se le ven las orejas al lobo!” o alguna frase similar. Aunque así fuera, sería algo muy humano y –valga la expresión– “muy creyente”. Una persona se vuelve hacia Dios cuando no encuentra esperanzas humanas, cuando está, por tanto, desesperada, cuando no hay asideros, ni certezas, ni salidas... En el fondo (y aunque se pueda tratar en algunos casos de una fe incompleta, inmadura, interesada...), esta actitud encierra casi una proclamación de Dios como el omnipotente, como el que está por encima de todo lo humano, como el Señor (*Kürios*) de la historia, de la vida y de la muerte y del destino.

Puede haber en ello eso que algunos designan con cierto desprecio como “religiosidad natural” o (usando la expresión repetida por Unamuno en su *Agonía del Cristianismo*) “la fe del carbonero”. Puede haber falta de conversión auténtica y genuina al Dios del Evangelio. Puede tratarse (usando una expresión muy típica de cuando yo era más joven) de “una fe no comprometida”. Puede darse todo esto, pero

no es difícil—por poca sensibilidad que se tenga, y por muy exigentes que seamos para hablar de verdadera fe—descubrir ahí una semilla, una fe incipiente o el rescoldo de una fe que pasó. Pero, al fin y al cabo, fe. Fe en un Dios bueno, fe en un Dios que no quiere esto, fe en el Dios del bien...

Y me han venido a la mente las *semina Verbi* de los Padres y los sacramentos de la ley natural de los medievales y de la hermosísima Plegaria IV en la que le pedimos al Señor que se acuerde de “aquellos que te buscan con sincero corazón”... y, más adelante, “de los difuntos cuya fe tú solo conociste”.

Nuestro Señor Jesucristo alabó la fe de la mujer cananea (“Mujer, ¡qué grande es tu fe!”) y la fe de la hemorroisa que—en un acto que más de uno calificaría de superchería milagrera—tocó su manto y quedó curada, y la del centurión, varias veces impuro, que tenía su criado enfermo y cuyas palabras repetimos (¡nada menos!) en la eucaristía: “Señor no soy digno de que entres en mi casa”... No perdamos nosotros este *kairós* para descubrir, admirar y aprender también de la fe de muchos que, en circunstancias normales, quizás no se manifestaría.

Es cierto que esa fe hay que purificarla, encauzarla, confrontarla con el Dios de Jesucristo, alimentarla e incluso evangelizarla (y uso todos estos verbos con mucho respeto y con mucha cautela). Pero también es verdad, y más si cabe en un contexto social y eclesial como el nuestro, que esa fe hay que cuidarla, mimarla, acompañarla, respetarla y aprender de ella, porque también el Espíritu habla a través de los alejados y de los que aparentemente no tienen nada que enseñarnos. ¿Cómo? Creo que muchos párrocos y agentes pastorales podrían responder mejor que yo: con diálogo, con afecto, con paciencia, no volando los puentes, sugiriendo, anunciando, agradeciendo, curando, compartiendo, desterrando tonos clericales o arrogantes... No es literatura. Cada uno de estos verbos tiene su sentido y supone un reto para nuestra pastoral. En fin, lo de Isaías que Mateo aplica a Jesús en el Evangelio: “No disputaré ni gritaré; nadie oírás su voz en las plazas. La caña cascada no la quebrará, y no apagará la mecha humeante hasta hacer triunfar el derecho... y en su nombre pondrán las naciones su esperanza”.

No quisiera terminar sin señalar otra fe que, en algu-

nos casos, quizás sea todavía más implícita y más agazapada, pero que para mí ha sido un verdadero aldabonazo y una llamada a la humildad. Me refiero a la fe que late en el sentido del deber, en la profesionalidad, en la entrega tan generosa y heroica de tantos asistentes sanitarios, enfermeros, policías, soldados y trabajadores de muy diversos ámbitos que nos permiten seguir viviendo... También sacerdotes que de diversas maneras han estado ahí ayudando como mejor han podido. Que el ejemplo de los que han dado su vida así, en el servicio generoso, no sea estéril...

Quisiera haber comentado algunos tesoros más, pero estos son los que más me han impactado personalmente. Hay muchos otros tesoros escondidos de esta crisis, como en todo lo humano. Un drama de estas dimensiones saca a relucir lo peor y también lo mejor del género humano. Ojalá que nosotros, religiosos y religiosas del siglo XXI, como contemplativos, sepamos descubrir los tesoros escondidos y envueltos en el sufrimiento de tantas personas y de tantas familias, y, como consagrados, hagamos lo posible para que lleguen a multiplicarse en nuestra sociedad de un mañana incierto.

MIRADA CON LUPA



Y después del coronavirus... ponernos a caminar

Sin darnos cuenta hemos podido cambiar el altar por el chateo y el celular... la pandemia de las redes

Josefina Castillo, aci

Experta en Acompañamiento Formativo. Bogotá

Imposible predecir qué va a pasar luego de ser controlado el coronavirus, todo depende de cómo estamos viviendo el presente y tomemos conciencia de las fortalezas y debilidades que nos presenta la realidad hoy, para discernir qué debemos potenciar y en qué tenemos que cambiar.

Este interrogante despierta en mí respuestas muy complejas, porque el coronavirus no nos ha afectado a todos de igual manera. El compromiso de aportar lo que somos y tenemos para salvar vidas, ha llevado a unos cuantos religiosos y religiosas a amar hasta el extremo, dando su vida al cuidado de los enfermos. Ha despertado en muchos insti-

tutos la creatividad apostólica, acompañando con voces de aliento y esperanza a enfermos, ancianos, niños, jóvenes, a través de la pantalla y por medio del internet, whatsapp, vídeos, escritos, en fin, la tecnología virtual. Incluso a compartir por ese medio ratos de oración y la Liturgia de las Horas. Pero no podemos negar que también nos ha cogido por sorpresa el aislamiento obligatorio, para evitar contagiar y contagiarnos y, es posible que algunos hayamos entrado en una especie de invernadero peligroso, basado en el miedo que nos bloquea.

Entonces, creo que el futuro de la vida religiosa va a depender de lo que aprendamos de esta situación para responder asertivamente a la misión evangelizadora, en un futuro próximo.

El papa Francisco decía en una alocución que nos guste o no, nuestro pensamiento está estructurado alrededor de

la economía. No excluye a la vida religiosa y ese es un asunto a discernir. Los carismas nacieron como respuesta a las necesidades de un pueblo y la misión propia de cada institución responde a su carisma. Pero la misión va de la mano con lo económico (nos guste o no). Estamos viviendo un momento muy difícil, donde posiblemente todos quedamos afectados económicamente. Vamos a tener problemas fuertes que nos obligarán a cambiar el modo como llevamos las obras apostólicas para que les lleguen a todos y crear estrategias para que podamos darles continuidad. ¿Cómo hacer para que no sea lo material lo que nos mueva, sino el servicio a quienes más lo necesitan? Tenemos que reconocer que hemos aspirado a tener los mejores Centros Educativos, Hospitales, Casas de Retiro, Centros de difusión del Evangelio. Casas de formación, Universidades. Hoy tenemos que repensar si la bús-



Es posible que hayamos entrado en una especie de invernadero peligroso basado en el miedo

queda de la “excelencia” no nos ha desviado, a veces, del modo de proceder de Jesús: desde la humildad y el servicio a los empobrecidos.

Posiblemente los Institutos que han podido tener unas reservas para el futuro van a donar parte de ellas a comunidades insertas que no tienen cómo subsistir. Dentro de las mismas instituciones hay comunidades pudientes y otras dependientes económicamente. Aunque ya existe este compartir generoso, es necesario crear las estructuras necesarias para que todo siga funcionando después del coronavirus y no se quede en algo coyuntural.

Los carismas han sido, en algunos casos, barreras que nos han llevado a vivir cada Instituto como un gueto. Esta pandemia, que ha puesto al descubierto la fragilidad del ser humano, cuando un ser microscópico ha puesto de rodillas a una sociedad tecnológicamente todopoderosa, nos tiene que llevar a la reflexión de que en la vida religiosa no hay carismas superiores o inferiores, ni misión evangelizadora una mejor que otra, porque cada Instituto responde a una necesidad del pueblo de Dios, según los distintos carismas y todos somos Igle-

sia. Curiosamente, el mundo ha experimentado la necesidad de superar diferencias políticas, religiosas, culturales, sociales, porque solo la unión puede hacerle frente al coronavirus. La sociedad nos está dando una gran lección: o nos interconectamos todas y todos o no somos Iglesia para el mundo. Posiblemente, cuando pase la pandemia, vamos a salir fortalecidos en el sentido de cuerpo.

El papa Francisco no para de hablar de una Iglesia abierta, en salida, en comunión. Es otro punto de reflexión y discernimiento. En esta nueva manera de ser Iglesia, la vida religiosa, que es el estamento eclesial más comprometido con los pobres, tiene que ser una Iglesia que siente el dolor del que sufre, del enfermo, del excluido. La pandemia del ébola, en Sierra Leona, fue terrible. Apenas si la sentimos los que vivimos fuera del continente africano. Hoy el coronavirus nos afecta a todos. Nos debe cuestionar por qué somos menos sensibles al dolor del hermano que vive lejos, que tiene otro color de piel, otra cultura, otra religión. “En una sociedad del enfrentamiento, de difícil convivencia entre las distintas culturas, de la pre-

potencia con los débiles, de las desigualdades, estamos llamados a ofrecer un modelo concreto de comunidad, que a través del reconocimiento de la dignidad de cada persona y de compartir el don que cada uno lleva consigo, permite vivir las relaciones fraternas” (Carta a los Consagrados, con ocasión del año de la Vida Consagrada IX, 2014).

La vida religiosa no ha aprovechado suficientemente la tecnología de la comunicación, que nos llevaría a los rincones más alejados de nuestra misión, por ejemplo para la preparación de los sacramentos, la formación bíblica de los laicos, la reflexión cristiana sobre debates públicos con visiones materialistas y parcializadas, programas sobre la salud y en fin, todo lo concerniente a la misión evangelizadora. Estamos comprobando la influencia del Papa en estos momentos de dolor, a través de la TV, con una audiencia inmensamente superior a la que se tenía en el Vaticano o la Plaza de San Pedro. Se metió en nuestras casas. La llamada de la Iglesia es a ponernos al día para evangelizar un mundo que funciona desde la tecnología.

Otro punto que nos llama a la reflexión: hoy estamos

experimentando la falta de formación en nuestras comunidades para responder a los desafíos de la realidad en momentos de catástrofe. Aprendimos desde el noviciado que Jesús llamó a sus discípulos a estar con Él y luego los envió a anunciar la buena noticia y así entendi-

mo, la pandemia de las “redes”. Toda una tecnología buena cuando la usamos en su justa medida. La experiencia de soledad y aislamiento nos está enseñando que podemos ser muy eficaces sin descuidar nuestro proyecto de vida. Pero es necesario actualizar estos

Para muchos el punto álgido, ya expresado varias veces por el Papa en sus últimas exhortaciones, es la interdependencia de todos con todo, nuestra cultura, nuestra economía, la naturaleza, el hombre, todo está interconectado y somos interdependientes. Lo esta-



mos la llamada. Pero la agitación de la vida moderna y quizá la actitud emocional de evangelizar un poco incoherente, nos fue llevando, a vivir más el aspecto sociológico de la evangelización olvidándonos de “estar con Él” cuando estamos con los empobrecidos. Sin darnos cuentas fuimos cambiando el altar por el celular, el cha-

aspectos en la formación inicial de los Institutos.

The National Catholic Reporter hizo una encuesta a 24 teólogos, directores de centros sociales, organizaciones benéficas y ministros eclesiales sobre cómo nos afectarán los cambios producidos por la pandemia, una vez haya pasado la amenaza del coronavirus.

mos comprobando en esta pandemia, contagiados de norte a sur y de oriente a occidente. Y todos tenemos una responsabilidad común hacia el futuro. Es una llamada a reflexionar sobre nuestro estilo de vida, antes y después que se haya controlado la pandemia. A encontrarle nuevo sentido a la vida ante la impotencia del

ser humano, incluso en los países más poderosos, a darle a cada cosa el propio valor y no sobrevalorar el tener, el poder y el placer como fuentes de felicidad. Un estilo de evangelización aprovechando las tecnologías.

Otro punto a discernir: las relaciones con las personas que no forman parte de nuestro círculo familiar, de trabajo, de comunidad, las cuales hoy se han convertido en una amenaza, portadores del “veneno” y tratamos con miedo, o mirando para otro lado. Tendrán que ser relaciones humanas, cordiales, respetuosas. Las nuevas relaciones tienen que ser un canto a la vida, un reconocer al resucitado en todas y todos, en lo cotidiano, en la realidad, sin quedarse en conceptos muy evangélicos, pero que no bajan de la cabeza al corazón.

La llamada es a dar nuevo significado a las relaciones con ese “alguien”, mi hermano, que vive en la calle, que no tiene seguros para la salud, sin oportunidades para el estudio, que no recibe el salario justo, que no tiene cómo pagar un alquiler. Nada nuevo, sino de otra manera. No es solo una misión sociológica, es vivir el Evangelio. Vivirlo, no solo pensarlo.

Otra llamada a discernir es nuestra relación con el universo, una llamada ecológica, pues la naturaleza nos reclama cuando la herimos de muerte, como ocurre hoy con la minería ilegal, el *fracking* para obtener petróleo más rápido, la destrucción de los bosques para comercializar la madera. La vida religiosa tiene la posibilidad de inculcar en la juventud la responsabilidad de cuidar la naturaleza con pequeñas acciones cotidianas (LS 211) como el consumo del agua, el orden y aseo en el hogar y el colegio, el uso del papel, el no desperdicio de la comida, el compartir con los que no tienen, en fin, los grandes hábitos empiezan por lo pequeño. Aunque parezca insólito, tenemos que empezar por inculcar estos hábitos en nuestras comunidades, donde hablamos de justicia, de ecología integral y, a veces, se nos escapa lo más elemental, cuidar del hermano cuidando la vida.

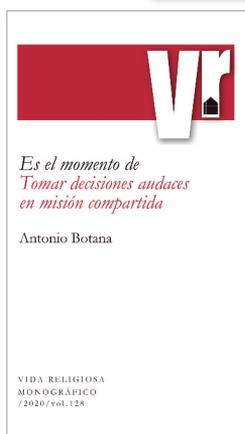
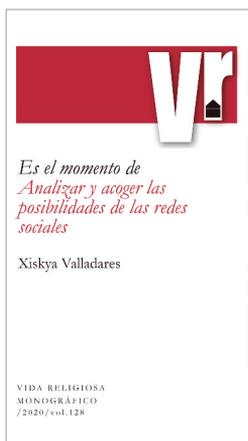
Hablando de comunidad, este encierro en el que nos estamos viendo las mismas caras y aparecen las diferencias, las tensiones y, al mismo tiempo la creatividad para compartir espacios de oración, de recreación, de solidaridad y diálogo entre las hermanas y hermanos, es una

oportunidad para consolidar la comunión y comprobar que un nuevo modo de comunidad es posible, y que tal como somos, con defectos y cualidades, estamos llamados a ser signos creíbles de comunión, a ser profetas de esperanza.

Finalmente creo que uno de los beneficios que nos ha traído la pandemia y que redundará en el futuro es nuestra vida espiritual. Nos ha hecho reconocer nuestras debilidades, lo absurdo de nuestras incoherencias, lo negativo de nuestra autosuficiencia, pero también estamos experimentando una vuelta al Dios de la vida (aunque la sociedad con miedo acude al dios de los paganos, el dios milagrero, el dios mágico que se vende por sacrificios y oraciones) y reconocer que el Espíritu de Jesús es quien nos fortalece y anima a poner nuestra confianza en un Padre que nos ama y para quien “nada es imposible” (Lc 3,37), a vivir este presente con pasión y abrazar el futuro con esperanza. Vamos a ver esta crisis como oportunidad para salir de la hipocresía, del ritmo acelerado de consumo y producción, humanizarnos y sentirnos todos hermanos. No es poco lo que tenemos que cambiar y agradecer.



MONOGRÁFICOS 2020



Monográficos 2020

En la Revista Vida Religiosa estamos convencidos de que "Ha llegado el momento" de iniciar procesos de transformación estructural. Por eso, para los monográficos del año 2020, hemos seleccionado aquellos aspectos que desencadenan o atan otros, y hemos buscado aquellos especialistas que hoy pueden ofrecer una reflexión experimentada, contrastada y vivida.



CAPÍTULOS GENERALES PARA
LA 5ª FASE



TOMAR DECISIONES AUDACES
EN MISIÓN COMPARTIDA



OTRO ACOMPAÑAMIENTO
FORMATIVO



ANALIZAR Y ACOGER
LAS POSIBILIDADES DE LAS
REDES SOCIALES



OTRA VISIÓN Y
ORGANIZACIÓN DE LA

REVISTA VIDA RELIGIOSA

C/ Juan Álvarez Mendizabal, 65 dupdo. 3º
28008, Madrid

Tel. 91 540 12 62 www.vidareligiosa.es secretaria@vidareligiosa.es



Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

Interno viciado

Que nadie se asuste porque el título engaña: no se trata de una denuncia severa de aquello que en nuestros “interiores” puede estar deteriorado (en los tiempos que estamos viviendo necesitamos más consuelos que recriminaciones), sino de algo que ha escrito una novicia en la primera página de uno de sus trabajos de formación: INTERNO - VICIADO.

Ha separado de manera diferente las dos palabras cambiando de sitio el guión y lo escrito, además de hacemos sonreír que falta nos hace, nos invita a pensar en la cantidad de elementos de nuestra vida que leemos siempre de la misma manera y cuánto nos resistimos a que “nos cambien el guión”. Damos por supuesto que es de una determinada manera como hay que leer/vivir ese pack completo de reglamentos, directrices, pautas, costumbres y normativas que forman parte de nuestros hábitos pero, de pronto, llega algo o alguien y cambia el

guión de lugar, sacudiendo ese paquete como si fuera un felpudo. Se forma una nube de polvo (“quién le ha dado permiso, cómo se atreve, siempre se ha hecho así, qué manía tienen algunos y algunas de cuestionar lo establecido...”) pero, pasado el revuelo, se espera a que el polvo vuelva a depositarse mansamente y todo pueda continuar igual.

Escribía J. M. Cabodevilla: “La cena a las nueve y cuarto, la lámpara al lado izquierdo de la cama, la butaca en ángulo de cuarenta y cinco grados con el balcón. Más de dos y tres ancianos de los cuales se creyó que habían muerto de un gran amor, murieron realmente por haber sido privados de algún invertebrado hábito”. Cambiemos los cuarenta y cinco grados por la hora de vísperas, o la butaca por ciertos prejuicios asentados en nosotros y a lo mejor nos sentimos frente a un espejo.

Menos mal que tenemos el ejemplo de ancianos audaces y rompedores: Juan XXIII

cambió una costumbre de siglos y escribió en el comienzo de su pontificado: “Durante ocho días he intentado comer solo pero esto es contrario a mi costumbre y no me sienta bien. Luego he estudiado en la Sagrada Escritura para ver si realmente el Papa tiene que comer solo. No he encontrado nada sobre ello y por tanto renuncio a comer solo sin conversar con nadie”. Francisco cambió también otro guión y se fue a vivir a Santa Marta en vez de en los aposentos papales.

Siguiendo su osadía, podemos apuntarnos a otra reacción posible: después del primer sobresalto, mirar la novedad que sugiere el cambio de guión y pensar: “Anda, pues este otro sentido interroga: ¿no tendremos en nuestros interiores algo viciado, invisible como el coronavirus y tan dañino como él? ¿No se nos habrá viciado la calidez en las relaciones, la proximidad y el interés por los otros, la cordialidad, los gestos de afecto, el interés cercano, las risas...?”. De ahí a la “fumigación” de vicio-virus no hay más que un paso.

Esta novicia anónima, sin pretenderlo, se ha convertido en un soplo de aliento para los cambios de guión. Estoy deseando conocerla.

RETIRO MENSUAL



5 EVANGELIZADORES
CON ESPÍRITU

M. PILAR AVELLANEDA RUIZ, Ccsb

EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU

Desde hace meses parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas, llenando todo de un silencio que ensordece, y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas.

La tempestad sanitaria del coronavirus ha desenmascarado nuestra vulnerabilidad, y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades, con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad.

Se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos, siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa bendita pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos¹.

Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante las llamadas de Dios, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo.

Es el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia el Señor y hacia los demás. Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos

y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: “Que todos sean uno” (Jn 17,21).

Y en estas horas de sufrimiento que vivimos, cuántos han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada, y plasmada en valientes, y generosas entregas de gentes normales y corrientes, aunque ellas quizás no lo saben. Esta es la vida del Espíritu que en este retiro queremos avivar en nosotros.

Para ello meditemos en torno a dos preguntas: ¿Quién es el Espíritu Santo para mí? y ¿Qué velas he de desplegar para que el viento de Dios empuje mi barca?

¿Quién es el Espíritu Santo para mí?

En esta primera cuestión, la respuesta ha de ser personal, pero nos puede ayudar el cardenal Martini, que respondió sabiamente diciendo: “Es la fuerza de Cristo en nosotros... Es una fuerza orientadora, constructiva, de novedad creativa y de consolación”².

Es una fuerza orientadora, porque nos hace descubrir las huellas del plan amoroso de Dios en todas nuestras cosas y acontecimientos.

Es una fuerza constructiva, porque despliega—en la vida cotidiana de la comunidad—unos frutos (Gal 5,22-23), que nos permiten reconocer la presencia del Espíritu de Cristo vivo entre nosotros, construyendo la comunidad con delicadeza. Tenemos el riesgo de hacer muchas cosas buenas, de cansarnos mucho, pero sin una verdadera fecundidad. Recordemos el salmo: “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles” (Sal 127,1) El fundamento de nuestra vida no es lo que hacemos, sino lo que Dios hace en nosotros.

Es también una fuerza de novedad creativa, porque—así como el agua de manantial

se renueva continuamente—, de igual modo nos muestra siempre las soluciones más sencillas para las situaciones más complicadas.

Y finalmente es una fuerza de consolación, porque nos anima a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión, para darle espacio a la creatividad que solo el Espíritu es capaz de suscitar. Nos ofrece consuelo y paz, y nos sostiene para que no desfallezcamos en las pruebas, sino que las vivamos como medios de maduración en su relación con Dios.

De este Espíritu Santo ya habló el profeta Isaías, veamos qué realiza el Espíritu del Señor:

“Brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor. Lo inspirará el temor del Señor. No juzgará por apariencias ni sentenciará de oídas; juzgará a los pobres con justicia, sentenciará con rectitud a los sencillos de la tierra; pero golpeará al violento con la vara de su boca, y con el sople de sus labios hará

Tenemos el riesgo de hacer muchas cosas buenas... sin fecundidad

morir al malvado. La justicia será ceñidor de su cintura, y la lealtad, cinturón de sus caderas. Habitará el lobo con el cordero, el leopardo se tumbará con el cabrito, el ternero y el león pacerán juntos: un muchacho será su pastor. La vaca pastará con el oso, sus crías

se tumbarán juntas; el león como el buey, comerá paja. El niño de pecho retoza junto al escondrijo de la serpiente, y el recién destetado extiende la mano hacia la madriguera del áspid. Nadie causará daño ni estrago por todo mi monte santo: porque está lleno el

La pequeñez nos permite ir más allá de nosotros mismos

país del conocimiento del Señor, como las aguas colman el mar” (Is 11, 1-9).

Este es uno de los oráculos de consolación de Isaías, que encierra la promesa de un mundo nuevo. Dios nos consuela mostrándonos el sueño que quiere realizar. Un sueño que empieza por lo pequeño, nunca el Espíritu de Dios se posa sobre los despliegues de prepotencia ruidosa, sino sobre el silencio de un pequeñísimo germen, un brote que casi nadie ve, pero que tiene dentro la vida para hacer germinar toda tierra labrada por el viento de Dios.

El camino de la pequeñez

Nos puede sorprender que el profeta hable de cosas pequeñas al tratar del Espíritu, ¿hay algo más pequeño que un brote en un tronco?, en muchas ocasiones ni se percibe de diminuto que es. Los grandes de este mundo se presentan poderosos, pensemos en la tentación de Jesús en el desierto, en que Satanás se presenta poderoso, dueño de todo el mundo: “Yo te lo doy todo, si tú...”. En cambio, las cosas de Dios comienzan brotando a partir de una semilla callada que muerre, pequeñas cosas. Jesús también habla de

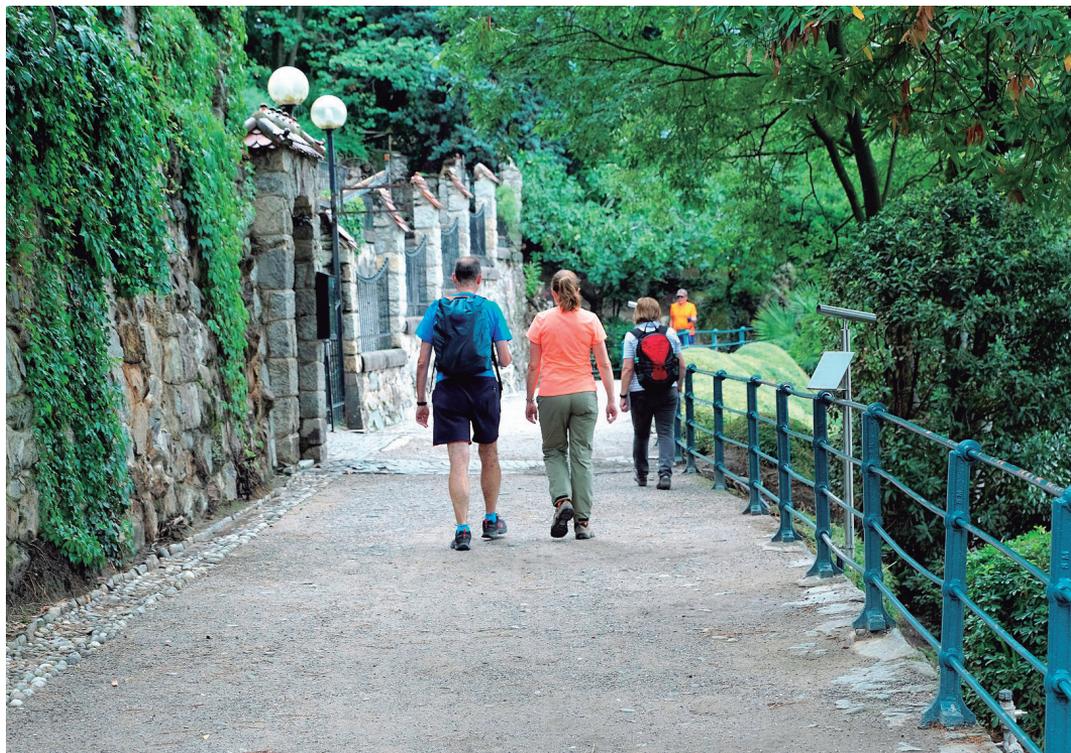
esta pequeñez en el Evangelio, recordemos la semilla de mostaza para mostrarnos el Reino de Dios³. Una comunidad cristiana donde los miembros no toman el camino de la pequeñez se derrumba, porque no está cimentada sobre la roca de la pequeñez.

Preguntemos a nuestro corazón: ¿Hay alguna pequeñez que yo pueda exponer hoy al Espíritu de Dios para que se pose? ¿Me presento como un “poderoso entendido” que está de vuelta de todo? ¿Me arrodillo ante Dios y la historia de hoy para orar, como expresión de mi pequeñez? ¿Dejo “hacer a Dios” en nosotros como comunidad?

No obstante, esta pequeñez no es inferioridad o complejo, es grandeza de Dios, porque supone el coraje de arriesgarse y dejar las riendas de la historia a Dios. La pequeñez evangélica conduce a la magnanimidad, porque empuja a ir más allá de nosotros mismos, conscientes de que la grandeza la otorga Dios. ¿Y qué cosas grandes son estas que Dios hace? Pues ya lo hemos leído: “No juzgará por apariencias ni sentenciará de oídas; juzgará a los pobres con justicia, sentenciará con rectitud a los sencillos de la tierra; pero golpeará al violento con la vara de su boca, y...”. ¡Ojalá dejemos hacer esto al Espíritu de Dios en nosotros!

Todo esto es gracia, y muy grande, pero hay maneras de vivir que nos abren al trabajo de la gracia en nosotros. Si nuestra vida es una barca en el mar de la historia, hemos de desplegar las velas de nuestras actitudes vitales, para que cuando sople el viento del Espíritu avancemos a su ritmo. Si nuestras velas están plegadas sobre nosotros mismos, cerramos la puerta al soplo de Dios.

Veamos brevemente siete sencillas actitudes que hemos de practicar asiduamente para abrirnos al Espíritu Santo.



Las velas desplegadas al viento de Dios

Fidelidad a la oración

Si queremos recibir el Espíritu Santo, lo hemos de pedir en la oración. “Todo el que pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre” (Mt 7,8). Estas palabras de Jesús son verdad. Cuando estemos ante las dificultades no perdamos el ánimo, no nos inquietemos, pidamos la gracia del Señor. Pero tiene que ser una oración que nos habite, pidamos con fidelidad y perseverancia, y Dios nos escucha porque es Padre, nunca un padre da una piedra al pequeño que le pide pan. Él escucha mi vida. Acojamos esta presencia gratuita de Dios “escuchador”, ya que normalmente

estamos ausentes a su compañía en nuestro caminar.

Confianza

La confianza es la segunda vela a desplegar para recibir el Espíritu Santo. Hay momentos en los que es difícil confiar, situa-

**Acojamos la presencia
gratuita de Dios
«escuchador»**

ciones en las que no se ve solución rápida, ni salida, pero si en vez de dudar, confío a mi Padre lo que no sé solucionar, se nos

abre la puerta a la gracia del Señor, y su Espíritu nos ayuda a resolver lo que traemos entre manos. Claro que para esto necesitamos una gran humildad.

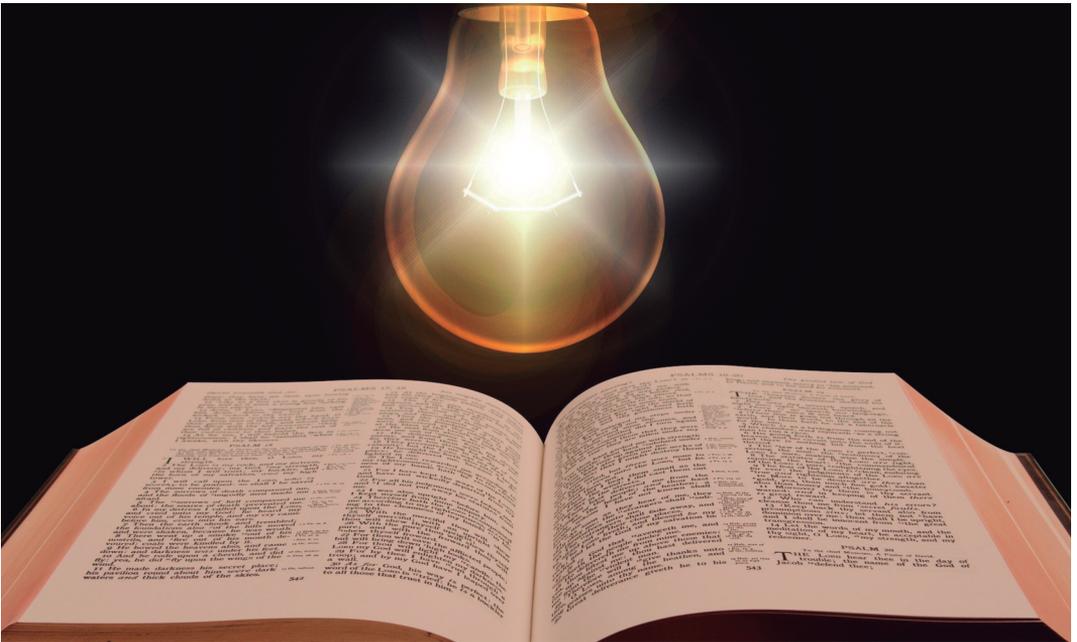
La senda que no elegimos, si se acepta en diálogo con Dios, es canal del Espíritu

Humildad

“Dios da su gracia a los humildes” (1 Pe 5,5) Esta verdad es un apoyo firme para todos los que necesitamos de la gracia de Dios. Entre los muchos significados de la humildad, me quedo con el de san Benito: vivir bajo la mirada de Dios (RB 7), a la sombra de sus ojos que acogen y apoyan, sin maltratar límites. Las demás miradas dejan

entonces de tener peso, y se cosecha como fruto la alegría de hacer el bien sin más recompensa que vivir en la presencia amorosa de Dios.

El gran defecto, que hace huir al Espíritu Santo, es la soberbia solapada, que bajo apariencia de servicio, pretende dominar a los demás, a las situaciones, para que los demás vean mi despliegue de actividades y me valoren. Esta altanería lleva a estar por encima de los demás, que –a los ojos soberbios– nunca dan la talla. Este orgullo tiene como fruto el desprecio a los demás, y no despliega las velas de la barquilla en que navego, sino que genera desencanto y amargura. El humilde, según el molde del Evangelio, reconoce al otro, sana heridas, construye puentes, estrecha lazos y ayuda a llevar las cargas de los demás. Y esto porque tiene un corazón lleno de docilidad.



Obediencia

La cuarta vela es la obediencia. Tal como dice la Escritura: “Dios da su Espíritu a los que le obedecen” (Hch 5,32). Obedece el que, al escuchar la Palabra de Dios en la vida, y en los acontecimientos, vive la experiencia de que otro le ciñe, y le lleva por donde no quería: la enfermedad, la descalificación de los demás, por ejemplo... Esta senda no la elegimos, pero si se acepta en diálogo con el Señor, se convierte en canal del Espíritu de Dios que se hace presente, fortalece, consuela, y conduce a vivir ese momento negativo como un bien inestimable para la persona. Esta docilidad solo es posible, para nuestras voluntades rebeldes, si nos entregamos a la oración continua y huimos de toda palabrería.

En este sentido, es iluminadora la carta a los Corintios de san Clemente de Roma, en la que nos exhorta: “Revistámonos de concordia, manteniéndonos en la humildad, apartándonos de toda murmuración y de toda crítica, manifestando nuestra justicia, más por medio de nuestras obras, que con nuestras palabras. Porque está escrito: ¿Va a quedar sin respuesta tal palabrería? ¿Va a tener razón el charlatán?... “No seas excesivo en tus palabras”⁴. Sí, callar, orar y amar obediendo, son velas potentes desplegadas ante Dios. Y para ello, un paso importante: “estar aquí y ahora” con todo el ser.

Vivir el momento presente

A veces, con los miedos al futuro, perdemos la atención al presente, y cerramos una vela importante, donde sopla el viento de Dios con fuerza. Elegir cada día estar atentos al paso de Dios hoy, sin inquietarnos por nada, es una forma de dejar que nuestra vida la conduzca Él. No nos resulta fácil, porque

normalmente queremos tener todo asegurado y programado, para no tener imprevistos que nos descoloquen. Pero al Espíritu Santo le gusta la sorpresa, la lógica de lo no esperado, la capacidad de asombro, la intensidad de la alegría por lo encontrado hoy, que ayer habíamos perdido, la fiesta de la vida recuperada... De hecho, lo que Él realiza es sorprendente: ¡El lobo vivirá con el cordero... el león como el buey comerá paja... nadie causará daño en mi monte santo...! Esto es inaudito. ¿Cómo será posible en nuestras frágiles comunidades?

Hay un pequeño pasito que podemos dar para permitir actuar a Dios: el desprendimiento del corazón.

Libertad interior o desprendimiento

Estamos muy atados a nuestros quehaceres, muy apegados a nuestras actividades, nuestros roles, proyectos, criterios... y no hay lugar para el sople de Dios. Si permanecemos desprendidos de nuestros planes, el Espíritu Santo nos puede guiar. Y aunque nos tuerza Dios el proyecto que habíamos pensado, si lo aceptamos prende en nosotros el Espíritu Santo.

A veces, con los miedos al futuro, perdemos la atención al presente

Por el contrario, si nos enfadamos mucho cuando las cosas no salen como queríamos, es señal de nuestra poca libertad interior. Renunciar a la propia voluntad, tan presente en san Benito, es el gran despliegue de las

velas de la barca en que estamos metidos, y es la gran asignatura pendiente en nuestras comunidades.

La gratitud

Por último no olvidemos que Dios tiene un corazón, que se conmueve cuando alguien le da gracias a diario y con sencillez. Esto parece una inutilidad, pero cada vez que damos gracias a Dios nos volvemos a Él, es como si nuestras velas girasen hacia Dios, y entonces podemos recibir su brisa suave, para avanzar por el mar de la vida. Por el contrario, la queja y el descontento de nuestras vidas nos hace girarnos hacia nosotros mismos, nos cierra al viento de Dios, no lo podemos recibir; al contrario lo despedimos.

Realmente todas estas actitudes las vive María, por eso estuvo abierta a la acción del Espíritu Santo. Confiemos a María nuestro deseo de vivir esta gran riqueza del soplo de

Dios, ella nos guiará y nos acompañará. Y Dios hará cosas grandes en nuestras historias, más bellas y grandes de las que podamos soñar. Este soñar es una forma de confiar en Dios. Nuestros sueños agradan a Dios, le muestran nuestro anhelo de que Él actúe. ¡Soñemos en este Pentecostés! Y Dios enviará su Espíritu Santo, que se posará sobre cada comunidad y le concederá un corazón nuevo y un espíritu nuevo.

- 1 Cf. PAPA FRANCISCO, *Meditación en la oración por la pandemia*, (29 de Marzo de 2020).
- 2 Cf. C. M. MARTINI, *Los ejercicios ignacianos a la luz del Evangelio de Juan*, Editorial Sal Terrae, Colección "El pozo de Siquem" 327, Maliaño (Cantabria) 2014, 163-168.
- 3 Cf. PAPA FRANCISCO, *Homilía diaria en Santa Marta*, (Roma 3 de Diciembre de 2019).
- 4 Cf. SAN CLEMENTE DE ROMA, *Carta a los Corintios*, *Lecionario Bienal Bíblico-Patristico de la Liturgia de las Horas*, tomo III, Ediciones Monte Casino, Zamora 1984, 211.

Sugerencias

Pautas para la reflexión personal y comunitaria

1. Lee de forma pausada y orante Is 11,1-9.
2. Déjate golpear por las preguntas que a lo largo de esta reflexión aparecen.
3. Al finalizar el día reserva una hora para el diálogo comunitario. En un compartir libre y enriquecedor, a modo de *collatio*, comunica lo que te ha servido y ayudado en este retiro de lo escuchado, leído y orado.



Honrar a tus mayores

José Tolentino de Mendonça

CARD.- ARZOBISPO ARCHIVISTA Y BIBLIOTECARIO DEL VATICANO

Un hecho al que no debemos acostumbrarnos es que en la información sobre las víctimas de la pandemia está vinculada a su edad y a la explicación de que estaban afectadas por otras patologías. No nos damos cuenta, pero con ello rebajamos irreversiblemente algunos logros de ese precioso patrimonio común que llamamos civilización. No discuto que la intención pueda ser buena, porque supuestamente tiene como objetivo dar serenidad a los otros segmentos de la población. Pero hay que cuestionar ciertas serenidades inducidas, sobre todo si refuerzan la vulnerabilidad aquellos que ya tienen que soportar tanto. Es fundamental que nuestras sociedades tengan claro que hay cosas peores que la infección del virus Covid-19. Si los viejos se reducen a

números, y a números con poca relevancia humana y social, podemos incluso superar la crisis sanitaria, pero nos reduciremos como comunidad. Rotarán las estaciones. A esta primavera le seguirá otra, tal vez más risueña, más distendida y más extendida. Pero nunca volveremos a respirar de la misma manera.

Se trata de entender que no envejeces para morir. Pienso en la extraordinaria y precisa forma en que el Libro del Génesis describe el viaje del patriarca Abraham: "Abraham expiró... viejo y lleno de días" (Gen 25,8). Envejecemos para saciarnos de la vida y así sentimos que, aunque sea escasa o vacilante, la vida es el milagro más asombroso, indecible y prodigo que nos ha tocado en suerte. Con razón, James Hilmann escribió: "Envejeciendo revelo mi carácter, no mi muerte. La vejez es un

laboratorio de la vida presente y no solo de la vida pasada, una escuela donde se profundiza el significado de la esperanza y el amor. Cuando estos sentimientos, ya despojados de la contaminación de los cálculos, lejos del afán engañoso de las metas que nos hemos fijado, finalmente revelan su naturaleza. Lo que es el amor en sí mismo y lo que es la esperanza sin más los ancianos lo saben mejor. Hace cien años, a principios de la década de 1920, Max Weber escribió que, a diferencia de las generaciones anteriores, "los hombres ya no mueren saciados de vida, sino simplemente cansados". El dogmatismo con el que nos enfrentamos hoy a la productividad, la eficiencia y el consumo nos ha convertido en una sociedad desconectada de dimensiones esenciales. Tenemos que reconciliarnos con la vejez.



La inversión a largo plazo. “Nuestra mejor esperanza”

David Alonso de Linaje García

Responsable de Instituciones Religiosas
CaixaBank Banca Privada

// El que es paciente muestra gran discernimiento; el que es agresivo muestra mucha insensatez” (Proverbios 14,29 NVI). En los tiempos que corren la paciencia y la esperanza son dos palabras que forman parte de nuestras oraciones y conversaciones entre nuestros semejantes. Vivimos muchas turbulencias causadas por un arma invisible, de la cual es difícil defenderse y frente a la

cual estamos poco preparados para poder combatir. Ataca en silencio y todos nuestros avances en la ciencia y conocimientos en la medicina, parecen insuficientes para poder erradicarla con celeridad.

A lo largo de estas últimas semanas, muchos economistas han escrito distintos informes de las posibles consecuencias económicas del Covid-19. Todos ellos re-

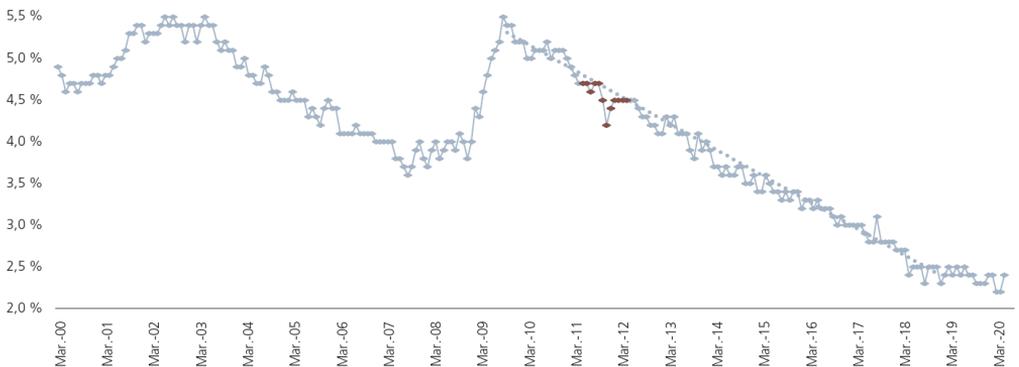
cogen expectativas de fuertes contracciones en el crecimiento económico que posiblemente afectaran durante un corto espacio de tiempo. Si dejamos de lado lo más duro de esta crisis, desde el punto de vista de la cantidad de vidas humanas que se están perdiendo, así como familias destrozadas por la marcha de sus seres queridos, o la dificultad de poder gestionar centros de asistencia a mayores, discapacitados, menores, que muchas Instituciones Religiosas regentan, creemos que existe un haz de esperanza encontrando luz al final del túnel, como en otras ocasiones en que la historia nos ha puesto a prueba.

Es muy común que queramos comparar esta crisis con las experimentadas antaño y nos ayuda a encontrar respuestas de posibles comportamientos el estudio de las más cercanas, como la vivida en 2008. En aquella ocasión el detonante de esta fue, puramente financiera, por excesos que llevan a un cambio de ciclo, burbuja en el sector inmobiliario y un fuerte endeudamiento de las familias y empresas. En definitiva, fue una crisis que “nos creció desde dentro”. Este tipo de crisis se las denomina endógenas. Los acontecimientos que nos golpean desde fuera –(terremotos, tsunamis) o humanas (guerras,

atentados)– se las denomina exógenas. La crisis que nos acontece es exógena y un ejemplo nos podrá ayudar a comprender mejor el futuro económico que previsiblemente veremos.

El 11 de marzo de 2011, en Japón se produjo el terremoto/tsunami, más potente registrado en ese país y el quinto más potente del mundo (en época histórica). La catástrofe produjo 15.899 muertos, 6.157 heridos, 2.529 desaparecidos y los desplazados sumaron más de 350.000. Los daños materiales fueron enormes: 50.000 edificios destruidos, entre ellos la central nuclear de Fukushima y otros 140.000 gravemente dañados. El tsunami arrasó las vías de comunicación, auto-vías y ferrocarriles, las infraestructuras de distribución de agua y las de energía; más de cuatro millones de hogares se quedaron sin electricidad durante diez días, los puertos de todo el país se cerraron durante varios días. La tasa de paro en Japón desde marzo de 2011 a febrero de 2012 increíblemente fue inapreciable, como se puede apreciar en el gráfico. El impacto económico del terremoto fue mitigado por la decidida actuación de las autoridades del país, que elaboraron un programa de reconstrucción que ascendió al 1,5 % del PIB del país.

Japón, tasa de paro



La salud subyacente de la economía previa a la crisis era muy buena y la interrupción de la actividad es consecuencia de las medidas tomadas para atajar la pandemia. Cuanto más duras sean esas medidas más caerá la actividad, pero antes se acabará con los contagios y más rápida será la recuperación de la actividad. Lo verdaderamente importante en este momento es la intervención de los Bancos Centrales y de los gobiernos para minimizar el impacto tal y como estamos viendo, y esperamos sean suficientes.

Una vez analizado el pasado y determinado que las crisis, sean endógenas o exógenas, sabemos que son pasajeras en el tiempo, la pregunta que uno como administrador del patrimonio estable se hace, ante las profundas y verticales caídas del mercado y teniendo como premisa la preservación de capital es ¿qué debemos de hacer?

Lo primero es replantearse el presupuesto anual, dadas las circunstancias. En caso de haber cambiado, y requerir de un mayor fondo de seguridad para hacer frente a gastos inesperados, hacer liquidez de una parte del patrimonio estable. Una vez establecido el nuevo montante, mantener el mismo nivel de riesgo o incluso incrementarlo. La huida en estos casos suele ser una reacción humana, por un lado, lógica, pero tiene sus consecuencias e incluso podría ser “insensato” y la peor elección. Nuestra mejor baza en estos momentos es la paciencia. Es complicado determinar cuanto tiempo tardaremos en volver a estar en el mismo nivel que antes de la crisis, pero es muy probable que, si la decisión es la de vender, se tarde tiempo en tomar la decisión de comprar, puesto que psicológicamente no compraremos hasta tener la sensación de seguridad y para entonces los mercados se habrán adelantado

y una buena parte de esa recuperación se habrá esfumado para aquellos que estén fuera.

En estos momentos surge una última pregunta y es si estas caídas nos ofrecen una oportunidad para entrar en renta variable, si se dispone de liquidez. La respuesta vuelve a estar condicionada por las necesidades del corto plazo. Si forma parte del patrimonio estable y no tiene un objetivo definido, puede ser una oportunidad de compra, solo por el hecho de poder comprar a precios mucho más baratos que los de hace dos meses. Para evitar confundirse es recomendable hacer precios medios y entrar progresivamente. De esta forma reducimos la volatilidad en momentos tan convulsos y evitamos dejar que el azar de una sola compra sea la que marque nuestra estrategia de futuro.

En conclusión y una vez más, las decisiones en los mercados financieros no deben estar condicionadas por las circunstancias. Las crisis siempre van a existir y nunca sabremos cuándo vendrán, al igual que los momentos de euforia. La mejor manera de esquivar las fuertes caídas es planificando y estableciendo los objetivos del corto, medio y largo plazo. Igualmente, los momentos de euforia se aprovechan estando invertido. Las claves de un buen administrador son la paciencia en las inversiones a largo plazo, marcando un perfil de riesgo estable, la elección de inversiones que se rijan por criterios socialmente responsables y la esperanza, que todo hombre y mujer, necesita para salir adelante con la ayuda de Dios. **VR**



Educación y formación

Hans Zollner

JESUITA

CENTRE FOR CHILD PROTECTION

COMISIÓN PONTIFICIA PARA LA PROTECCIÓN DE MENORES

La prevención y la transparencia no aparecen solas, requieren energía, determinación y perseverancia. Es demasiado fácil pensar que se ha hecho suficiente con promulgar normas; pero hay un largo camino desde la letra de la ley hasta el cumplimiento de su significado. Esta es la razón por la que es importante instruir adecuadamente en una educación y en una formación continuada, las cuales solo podrán dar realmente fruto cuando conducen a un cambio de conciencia: «Nosotros, como religiosos y sacerdotes, queremos y debemos, primero, pensar en el bienestar de los más pequeños». Algunos, por otro lado, después de la profesión o de la ordenación sacerdotal, se compor-

tan como si fueran casi alérgicos a una formación posterior. Por ello, se enfrentan constantemente a nuevos retos de todo tipo para los que no están preparados. Por tanto, en esta formación hay algunos puntos crucialmente significativos. La calidad antes que la cantidad, éste sería el primero: un religioso feliz y convincente puede “conseguir” lo impensable; un solo religioso inverosímil se convierte en una molestia para muchos. En segundo lugar, un buen acompañamiento al ingresar, como durante el periodo en las casas de formación, es de suma importancia para el éxito de una vocación. En tercero, una decisión viable hoy en día requiere más tiempo y un camino personalizado de formación. Las personas, que hoy aspiran

a una vocación religiosa, traen consigo muchos talentos y competencias, mientras otros ámbitos están a menudo subdesarrollados, especialmente los necesarios para vivir en comunión y comunidad. En cuarto lugar, las congregaciones y diócesis necesitan líderes en formación suficientemente preparados para esta tarea. Así, del mismo modo que se invierten muchos años y mucho dinero en la formación de profesores en los seminarios y facultades, tendría que invertirse en la formación de maestros de novicios, rectores, padres espirituales de seminaristas y de sacerdotes, que tienen que lidiar, finalmente, con los procesos humanos y espirituales durante una fase importante de la vida de los jóvenes.



Escuela Regina Apostolorum

Encuentro de Preparación para la Profesión Perpetua

Releer la historia vivida y afianzar la decisión definitiva.

Varios profesores — Fechas: 1-8 de julio

Aula de verano 2020

Curso sistemático de Teología de la Vida consagrada (Año B)

Se tratan cuatro áreas: el cuidado de la biografía personal, la memoria de la gran biografía colectiva, la apertura a nuevos impulsos, la praxis de una mística misional.

Primera semana (29 de junio - 3 de julio)

Dimensión ética de la vida consagrada. Prof. *José Luis del Castillo*, osa.

Vida consagrada: don del Espíritu y pluralidad carismática. Prof.^a *Rosa Ruiz*, rmi.

Segunda semana (6-10 de julio)

Renovación e Innovación: Vino nuevo, odres nuevos en la vida consagrada.

Prof. *José Cristo Rey García Paredes*, cmf.

Psicología de la vida consagrada. Prof.^a *Teresa Comba*, crsd.

Tercera semana (13-17 de julio)

Historia de la vida consagrada I: del desierto al corazón de la ciudad.

Prof. *Mariano José Sedano*, cmf.

Historia de la vida consagrada II: entre el replanteamiento y la secularización.

Prof. *Antonio Bellella*, cmf.

Cuarta semana (20-24 de julio)

El espíritu de las últimas normas sobre la vida consagrada. Prof. *Teodoro Bahillo*, cmf.

El camino en el Espíritu: la configuración con Cristo. Prof. *Pablo Largo*, cmf.

Inscripciones

C/ Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo.

28008 Madrid

+34 91 540 12 73

secretaria@itvr.org



Cambio y suficiente capacidad de reprís

Gemma Morató i Sendra
DOMINICA DE LA PRESENTACIÓN

Me gusta prevenir, imaginar situaciones para tener la mejor reacción, pero la crisis del coronavirus me ha hecho ver que la previsión en nuestra vida solo es buena en cierta medida. Ahora, o vivimos el día a día sin más afán que estar en manos del Señor y arriesgamos en humanidad para con los otros o algo no estaremos haciendo bien. Tenía miedo de llegar a aburrir la palabra “cambio”, igual como aburrí la palabra “reestructuración” en la vida religiosa. Ya no hay peligro, el cambio ha llegado, para bien y para mal ya nada será igual, y el mundo, la Iglesia, los parámetros, la vida misma han cambiado... es como si el planeta hubiera gritado ¡basta!
Unos lo han comprendido y han cepillado su humanidad,

otros han seguido siendo verdaderos creyentes, y otros, aún creen que todo sigue igual. ¡Pues no! Ya no es necesario hablar de cambio, éste está hecho, y la vida religiosa tendrá que asumirlo. Algunos ilusos siguen en la misma dirección y continúan con los mismos planes, pero lo de antes ha pasado..., en Jesús todo es nuevo, y ahora tenemos una buena oportunidad de transmitir esa humanidad plena que Jesús nos muestra. Me da la impresión de que hasta será más fácil con tanta gente volcada en la oración, en estos últimos tiempos virtual pero real en el corazón. Tantas periferias ampliadas y ¿nos seguimos preguntando qué desea el Señor de nosotros? Lo sabemos de sobra: arriesgar la vida. Y eso significa innovar, romper los esque-

mas, los calendarios y las preguntas preparadas con antelación para la prospectiva... es escuchar al Espíritu y dejar primar lo necesario, sin aferrarse a seguridades y a presupuestos; con alegría y convicción. Vivir, rezar, ser hermanos, y dejar soplar al Espíritu. Fuera los que quieren poner puertas al campo, han sido todas arrancadas y no hay que reconstruirlas, hay que trabajar la fe. Suena tópico, pero es ahora cuando se ve quién está a la altura y quién tiene suficiente capacidad de reprís para lidiar con el momento actual para asumir este nuevo mundo, este cambio tan brutal. El mundo ya no será el mismo y la vida religiosa menos. ¿Al lado de quién queremos estar? ¿De las familias, de los jóvenes, de los trabajadores, de los sintecho, de los menas...?

LECTURA RECOMENDADA



La necesidad de ser humanos

Francisco Javier Caballero, CSsR

La terrible crisis del Covid-19 ha puesto de manifiesto la debilidad de la vida. La de todos nosotros. También ha dado a luz un estilo de pertenencia social nuevo y un compromiso especial. En él nos encontramos muchas personas. A veces no compartimos las mismas motivaciones, ideologías o creencias, pero nos mueve la necesidad de ser humanos y creer que juntos saldremos de una situación jamás imaginada.

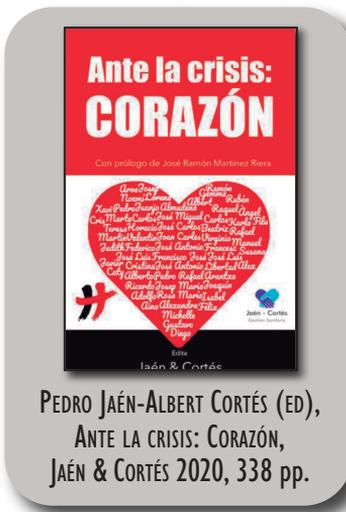
Nacen así estilos de donación sin tiempo y medida. El valor de este libro está justamente en esto. Todos los textos, y estamos hablando de 60, son testimonios. Todos tocados por el contagio en propias carnes, bien desarrollando la enfermedad, bien acompañándola o creando posibilidades para salir de ella.

La vida consagrada está aprendiendo en esta etapa a vivir lo mismo que sus compañeros y compañeras de camino: nuestras esperanzas y miedos son fácilmente compatibles con las de aque-

llos que otro tiempo cuidamos.

Este libro nace del corazón y el destinatario que tiene también es el corazón. La solución de la terrible crisis que en todos los órdenes vivimos, será una conversión al corazón y a la construcción de una humanidad nueva. Los editores han encontrado un lugar para convertirlo en depositario de aquello que recaude su venta y es el Centro de Humanización de la Salud de los religiosos Camilos. Un espacio inter que ha consagrado su existencia y dedicación a acompañar aquellas

situaciones humanas que están llamadas a reconstruirse. Es un libro que recoge vivencias, sentimientos, dinamisimos humanos de varias decenas de personas que están atravesando la crisis afectados de diferentes maneras. La experiencia y la narración contribuyen a crear historia y dar sentido a lo que sucede, porque permite significar también lo que se nos impone. La crisis no está hecha solo de datos y tendencias, de comportamientos sociales y de confinamiento. Está hecha de corazones que palpitan al ritmo de los valores que cada uno logra encarnar en su situación. José Carlos Bermejo, tocado seriamente por el virus, con afectación a los dos pulmones, tras una semana de internamiento, narra sus vivencias y cómo se encarna en él el dinamismo de la esperanza. Fantasmas y luces, miedos y deseos, emoción y espiritualidad... se narran en la sencillez de quien puede aún con las teclas, camino empinado hacia la luz...



PEDRO JAÉN-ALBERT CORTÉS (ED),
ANTE LA CRISIS: CORAZÓN,
JAÉN & CORTÉS 2020, 338 pp.



Calidad en
todos los sentidos



Desde contar con personal especializado de demostrada experiencia, la máxima calidad de los productos, y el más exigente control higiénico-sanitario, hasta la mejor relación calidad-precio y el más eficaz servicio de atención al cliente. Todo un mundo de ventajas a su disposición. Consúltenos.

www.alcesa.es - Tel. 914 398 062 - comercial@alcesa.es

#CONTIGO MÁS QUE NUNCA

En CaixaBank vamos a seguir estando al lado de nuestros clientes y de toda la sociedad

- Comprometiéndonos con familias, instituciones, autónomos y pymes a buscar las mejores soluciones para poder reactivar nuestra economía juntos.
- Ofreciéndote toda la banca *on-line* con CaixaBankNow y la mayor red de cajeros, para que puedas realizar con comodidad todas tus operaciones.
- Abriendo nuestras oficinas y aplicando todas las medidas de seguridad necesarias para proteger tu salud y la de nuestros empleados.